

MANU PONCE

COPOS DE AMOR



MANU PONCE

COPOS DE AMOR

Primera edición.

Copos de amor

Manu Ponce

© Diciembre, 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## **ÍNDICE**

[PRÓLOGO: COPOS DE AMOR](#)

[CAPÍTULO 1: TREN](#)

[CAPÍTULO 2: LUNA Y ESTRELLAS](#)

[CAPÍTULO 3: ESPUMA Y MÁSCARAS](#)

[CAPÍTULO 4: PASIÓN ENTRE COPOS](#)

[CAPÍTULO 5: LLUVIA DE ESTRELLAS FUGACES](#)

[CAPÍTULO 6: BOLAS Y HIELO](#)

[CAPÍTULO 7: MUÉRDAGO](#)

[CAPÍTULO 8: FUEGO Y BRASAS](#)

[CAPÍTULO 9: GALLETAS Y ADORNOS](#)

[CAPÍTULO 10: VILLANCICOS Y LAZOS](#)

[CAPÍTULO 11: BESO Y DESPEDIDA](#)

[CAPÍTULO 12: ALL I WANT FOR CHRISTMAS IS YOU](#)

[CAPÍTULO 13: CARTA DE MAMÁ NOEL](#)

*A mis lectoras, en especial a Las chicas de la Tribu.  
A mis compañeros, que más que amigos, son familia.  
A todos, gracias.*

## PRÓLOGO: COPOS DE AMOR



A veces solo hace falta que una pequeña estrella cruce el firmamento para que cientos de personas vuelvan a tener fe en el amor. Solo se necesita que una pequeña moneda caiga en una fuente o en un pozo para esperar que la vida te sonría y la esperanza de una vida mejor llame a tu puerta.

Pero he descubierto que de esperanza no se vive y que la única manera en la que se cumplen los sueños y con la que puedes obtener lo que más deseas y anhelas, es peleando con uñas y dientes para que un día, con un poco de suerte, rozar con la punta de los dedos esa felicidad perseguida.

Puede que una vida no sea suficiente para lograrlo, pero es que nadie dijo que fuera fácil. Solo nos queda esperar que el azar y el destino misericordioso nos tienda su gracia y nos permita disfrutar de ese amor tan merecido, pero cuando llega, en ocasiones es transitorio y se acaba en un suspiro, porque quizá no era el momento, o el lugar, o quizá idealizábamos a una persona que resultó no ser la indicada.

En otras ocasiones, la persona destinada a estar con nosotros es la que menos nos imaginamos, esa a la que nunca miraríamos en la estación del tren, con la que no nos sentaríamos a charlar en el vagón, esa que no entra dentro de nuestros cánones.

Por el contrario, y solo en muy pocas ocasiones, aparece esa persona que llena de luz tus días, ese amor platónico que no sabías que tenías hasta que lo encuentras y con el que descubres que la vida es mejor.

Ese con el que sientes que la vida brilla con más fuerza, que camina de tu mano por el sendero de la vida, que maneja los hilos para llevarte, al igual que tu manejas los suyos para llevarlo a él.

Aquel que siente ese amor por otra persona, un amor incondicional, que no obsesivo, es el que se siente pleno, porque entiende que esa persona no es su complemento, sino el compañero perfecto para vivir una vida plena.

Cuando lo encuentras, es una sensación deliciosa, como si cientos de fuegos artificiales explotaran en tus entrañas y en tu corazón, como si la vida te diera una palmadita en el hombro y te dijera: te lo mereces.

Recuerdo una vez que leí aquella frase *“y cuando seamos ancianos diré: ¿ves cómo eras el amor de mi vida?”* En aquel momento no lo entendí, más allá de que dos personas se habían amado toda su vida, pero ahora lo entiendo.

He necesitado vivir el amor de una manera que pocos pueden, sentir el dolor también en mis entrañas para descubrir que no es el amor lo que los ha mantenido juntos hasta la vejez, sino las adversidades que lo han hecho más fuertes.

Juntos lo han superado todo y han descubierto que son un equipo y que si se mantienen unidos lo podrán todo. Eso es lo que yo viví, lo que yo sentí y por lo que soy feliz. Puede que no haya sido eterno, pero ha sido lo suficiente intenso como para mil vidas y no todo el mundo puede decir lo mismo.

Esa sensación de flotar con las estrellas mientras sonríes como una tonta sabiendo que la felicidad es eso, son esos pequeños momentos con el ser más especial de tu corazón que hacen que tu corazón bombee desbocado, que la piel se erice con un solo roce, que los labios tiemblen al tocar los del otro.

¿Quién no querría vivir una vida de momentos en tan solo un suspiro?

Si la persona con la que estás no te hace sentir que bailas en las tinieblas sin importar nada, sabiendo que siempre te cogerá de la mano, que será tu faro y te llevará a las estrellas, que haga

retumbar tu corazón o que te haga temblar con solo mirarte, es que no es el amor de tu vida.

Puede que lo quieras, sí, muchísimo, puede que os llevéis bien, pero no dejemos que la rutina y la comodidad nos arranque la verdadera felicidad, el verdadero amor. Si te hace falta esa chispa, esa intensidad, esa luz, lo mejor es buscar el faro en otro puerto.

Porque si no, ¿qué sentido tiene la vida?



## CAPÍTULO 1: TREN



### *2 años atrás*

Dicen que el amor llega cuando uno menos se lo espera, que golpea la puerta con fuerza, como si de un huracán se tratara y entrelaza los sentimientos como un amasijo de cables pelados sin sentido alguno.

Yo me sentía así, como un cable sin destino o enclufe al que clavarme, pero tampoco es que sintiera la necesidad imperiosa de tener un compañero de vida. Además, recién llegada a París, por si no era ya suficiente.

Me subí al tren en hora punta mientras el olor a axila sin tocar agua desde hacía meses lo envolvía todo. Me senté frente a lo que parecía un ejecutivo agresivo, que es a lo que llamo yo a un pibón con traje, pelazo, brazos trabajados, en definitiva, un ángel caído, o un demonio ascendido, depende de cómo se mire.

Nuestras miradas se cruzaron en un fugaz instante y sus ojos atraparon los míos y me imaginé su cuerpo pegado al mío mientras los latidos de su corazón hacían bombear el mío.

Su lengua humedeció sus labios y a mí se me humedeció otra cosa, para qué nos vamos a engañar, y me removí en mi propio asiento antes de descubrir que mi parada era la próxima estación.

Me levanté y me acerqué a la puerta mientras el tren frenaba y entonces sentí una presencia que desprendía calor puro, llamas, y al girarme lo vi, con su rostro demasiado pegado al mío, algo que

me ponía realmente nerviosa y quizá un poco incómoda.

Bajé del vagón y cuando me di la vuelta y quise buscarlo con la mirada, había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, así que simplemente me encogí de hombros, supongo que la visión provoca babas, había acabado.

Caminaba por las calles parisinas cuando el viento azotó mi rostro y las hojas de un otoño pintaba peor que un cuadro de Momo. Tenía una entrevista de trabajo, esperaba que sonara la flauta y poder quedarme en este maravilloso, frío y lluvioso lugar.

Los pájaros acompañaron mis pasos con su lindo cantar y en un abrir y cerrar de ojos, llegué a un imponente edificio que me instaba a entrar por esos grandes y modernos pórticos que simulaban las puertas al cielo.

Y eso hice, me acerqué, las puertas se abrieron y, poco a poco, fui adentrándome, tras pasar el control de seguridad pertinente, en lo que podría ser, si todo iba bien, el lugar de mis sueños.

Subí a la planta que me indicaba el anuncio y esperé mientras iban pasando una a una, cientos de chicas que parecían salidas de una agencia de modelos. Yo, más bien tirando a normalita como que desentonaba.

Mis cabellos rubios paja, pero paja literal por falta de hidratación, un maquillaje a lo mapache en un mal día, un conjunto del Primark y unos tacones que parecían recién salidos del mercadillo, es lo malo de que las calles estén embarradas.

Había alquilado una habitación en una pensión de mala muerte con más cabras que en la casa de la pradera. Sin trabajo era lo único que me podía permitir por ahora. Me senté a la espera de que fuera mi turno tras pedir la vez, como si acaso esto fuera la pescadería.

La sala se iba vaciando, a medida que entraban a hacer la entrevista, me imagino que para ir al

casting de Victoria's Secret. Eso, marchaos todas y dejadme a mí como única candidata, a ver si tengo suerte.

Me miré la suela de los zapatos, no había pisado ninguna mierda, pero algo olía mal, muy mal. Fui examinando mi atuendo, pero no veía nada. Tampoco se me había escapado ninguna ventosidad.

Me encaminé al baño y fue entonces cuando descubrí que un maldito pájaro del infierno, también conocido como las ratas voladoras, se había quedado a gusto en mi frente, en la cual había dejado un mechón de mierda en mi cabeza.

Me limpié como pude con papel del baño y no sé si lo empeoré más, porque aquello era una bola de pasta sin solución aparente. Abrí el bolso y saqué la tijera para cortarme los mechones del infierno.

Después de la operación a corazón abierto, parecía salida del País Vasco con ese flequillo como cortado con un hacha. Intenté peinarlo de una manera bonita, pero era una misión imposible, así que me di por vencida y volví a la sala de espera, donde ya no quedaba nadie.

—¿Qué hace usted aquí? – me preguntó la secretaria, o eso parecía.

—Esperando mi turno para la entrevista – respondí.

—Las entrevistas acabaron hace cinco minutos.

—Pero, eso no puede ser, yo formo parte de esas entrevistas.

—Haber llegado a su hora.

—Llegué hace un rato, pero tuve que ir al baño.

—Ese no es mi problema, no estaba cuando miramos si faltaba alguien por entrar, así que, ya es tarde.

—¡Me cago en todo!

—Señorita, esa lengua.

—Déjenme hacer la entrevista, tengo derecho.

—Váyase o llamaré a seguridad.

—Atrévete perra y te arrancaré los pelos, uno a uno con unos alicates, y no, no me refiero a los de la cabeza – bueno, puede que esto solo lo pensara, ahora ya no lo recuerdo bien. Me quedaré con el, “váyase o llamaré a seguridad”.

No sé cómo ocurrió, bueno, quizá sí, pero acabé saliendo por la puerta trasera, acompañada de malas maneras por un par de gorilas con malas pulgas. Lo primero que se me ocurrió fue volver a recoger mis cosas a la habitación, pero, ¿me iba a dar por vencida tan pronto?

Entré en el bar más cercano a la empresa, también conocida como Icon y me senté en la terraza, aún con el frío calándome los huesos. Me pedí un café con leche y vigilé la puerta como si fuera una investigadora privada.

Me dediqué a averiguar quién era el jefe de la empresa de marketing, que con tanto ahínco estaba investigando para poder captarlo por la calle y concertar una entrevista antes de que escogiera a una de las petardas modelos que estaban en la sala.

Y, ¡madre mía qué jefe! Este acababa de salir por lo menos de un anuncio de Gucci. Menudo

hombre, lo lamería de arriba abajo, bueno, no quiero parecer una guarrilla, así que solo le lamería el torso, no quiero abusar.

Casi dos horas después, lo vi salir de la oficina y me puse lo más mona que pude, recogíendome el pelo, recolocándome la falda y poniendo la mejor de mis sonrisas. El puesto iba a ser mío, costara lo que costara.

Entró en el bar y se sentó en la barra para pedir algo, supuse. Ni corta ni perezosa, me senté a su lado con una sonrisa de oreja a oreja, que no se dijera que los americanos éramos sosos.

—Hola – saludé por pura cortesía.

—Buenos días.

—¿Puedo hablar un momento con usted? – le pregunté.

—¿La conozco?

—No.

—Pues entonces no tengo tiempo para usted – menudo borde, pero no me di por vencida.

—Quería hablarle sobre las entrevistas que ha hecho esta mañana en su oficina. La cuestión es que en el momento de la mía, estaba en el baño y no pudo hacérmela. Me preguntaba si podría concederme algo de su tiempo ahora.

—Si es sobre las entrevistas, no soy la persona que busca. Pregunte por el señor Wilson y si él tiene un buen día, puede que la atienda. Ahora déjeme tranquilo, he venido aquí a tomar un café y a relajarme, no a que me sigan hablando de trabajo.

—Perfecto. Muchas gracias y disculpe las molestias – capullo...

Me marché directamente al edificio y viendo que la chica no se encontraba en la mesa de recepción, me encaminé al despacho de las entrevistas y golpeé la puerta al tiempo que cruzaba los dedos para tener suerte y que me dejaran pasar.

—Adelante – escuché al otro lado de la puerta y casi me puse a bailar el Aserejé, de lo contenta que estaba.

Entonces, desde la puerta, lo vi. Era nada menos que el chico del tren, al que ahora ponía nombre, Wilson. Madre del amor hermoso, ¿podía ser el destino más travieso? A veces la vida nos sorprende demasiado.

Entré en ese despacho anodino, donde las paredes blancas lo inundaban todo, a falta de decoración y color, y esperé cerca de la puerta por si me echaba de allí, como quien coje a un niño de la oreja para sacarlo del cuarto prohibido.

Me hizo un ademán para que me sentara frente a él y eso hice. Me sudaban hasta las manos y me las sequé disimuladamente en las medias que cubrían mis piernas, dejando una marca más que sospechosa.

Esperé los segundos de cortesía para hacerme la interesante, que nunca viene mal en situaciones como esta, antes de hablar por primera vez, mirándolo a los ojos como ya había hecho en su momento en el tren.

—Buenos días, vengo porque el director de Icon me ha indicado que me realizaría una entrevista para el puesto vacante en este despacho. Mi nombre Susan Jones.

—Así que el director, ¿eh...?

Tragué sonoramente, porque la verdad es que no era del todo así, no me la había concedido, sino sugerido que probara suerte y si el señor Wilson tenía un buen día, todo saldría a pedir de boca.

—Bien – prosiguió—. Explíqueme, ¿qué le hace a una americana sentarse con ese descaro oculto frente a mí?

—Imagino que lo mismo que usted cuando llegó a esta empresa antes de ocupar el lugar en el que se encuentra. Buscar el trabajo de mis sueños y de paso, labrarme un buen futuro.

—Directa y deslenguada, interesante...

—Mi madre me enseñó en su día, a ir de cara y ser directa cuando quiero algo. Los rodeos no llevan a ningún lado, señor Wilson – si quería llamar su atención tenía que hacer que después de esta entrevista me recordara y pensara en mí a la hora de elegir por mi entrevista y no por el tren, si es que acaso todavía se acordaba de mí.

—Bien. ¿Qué espera de este trabajo, señorita Jones?

—Espero aportar todo lo que pueda en base a mis conocimientos, ampliar los que aquí puedan ofrecerme, dar lo mejor de mí para dejar huella en esta empresa y crecer con ella cada día. Puede que no tenga una variada experiencia en empresas de marketing, pero he trabajado con los mejores. He colaborado en asociaciones sin ánimo de lucro con personalidades como, Mathew Smith y he llevado el departamento de anuncios de la empresa, además he trabajado cinco años como su mano derecha. Después he picoteado por diferentes empresas que no reflejaré en mi currículum para formarme más y ver el sector desde diferentes puntos de vista.

—¿Y por qué dejó la empresa del señor Smith? Es una de las mejores que hay a día de hoy en el mercado.

—Trabajar con la familia no siempre es una ventaja, señor Wilson.

—¿Familia?

—Sí, Mathew Smith es mi tío, pero no creo que eso deba ser relevante. No quiero que su nombre decida en su elección – o puede que sí, un poco –, solo quiero labrarme mi propio futuro.

—Entiendo. ¿Y cómo sé que no va a venir aquí a nutrirse, como usted ha dicho y cuando termine se marchará?

—Eso nunca podrá saberlo, pero quien no arriesga, no gana.

—Bien. Me quedaré con su currículum y lo pensaré- lo busqué entre el montón que había junto con el del resto de las chicas.

—Perfecto. Espero su llamada y muchas gracias por atenderme, señor Wilson.

—Llámame Paul. Adiós chica del tren.

—Adiós Paul – salí por la puerta del despacho con un nudo en la garganta que no conseguía deshacer y me di cuenta de que si no me contrataba iba a cometer un gran error, pero... ¿Podría yo trabajar con semejante hombre al lado?

Pronto lo descubriría...



## CAPÍTULO 2: LUNA Y ESTRELLAS



### *2 años atrás*

Y la ganadora fue... ding, ding, ding. ¡YO! Sí, no pasaron ni un par de horas cuando el mismo Paul, me llamó para darme la enhorabuena, mi micro entrevista improvisada le había sorprendido, a la par que gustado y saber que había trabajado para mi tío, había ayudado a inclinar la balanza, aunque realmente no quería quemar ese cartucho.

Me citó en media hora nuevamente en la oficina, sobre todo, porque ya empezaría al día siguiente y necesitaba explicarme todas mis funciones. Esto sí que era llegar y besar el santo, aunque lo que realmente quería besar era a “ese” santo.

Yo estaba en el que a partir de ahora sería mi lugar de residencia y justo había recibido la llamada saliendo de la ducha, así que me sequé, me vestí y cogí un taxi en dirección a Icon.

En menos de veinte minutos, llegué a la oficina y subí a la planta donde se encontraba el despacho de Paul, y donde me esperaba una formación express, como también lo había sido mi entrevista de trabajo.

Golpeé la puerta del despacho de Paul a la espera de que este me diera paso y cuando entré descubrí un jefe con un semblante serio y un cabello demasiado despeinado que enredaba entre sus dedos, desesperado.

¿Qué le pasaría?

Me senté en la silla que se encontraba frente a su mesa y esperé a que empezara la sesión informativa, pero estaba demasiado enfrascado en algo y se había olvidado de que me encontraba allí.

Utilizando mi visión a lo inspector Gadget, observé la pantalla de su ordenador, estaba confeccionando una imagen que estaba segura de que iba a ser utilizada en un anuncio. Se trataba de un anuncio en el cual pretendían vender un colchón.

Lo miré y carraspeé antes de sonreír de oreja a oreja, se me acababa de ocurrir una idea y podía ser el inicio de un gran proyecto. Él me miró sin entender por qué lo había molestado y por qué tenía una sonrisa que me iluminaba el rostro.

Quizá se pensaba que me estaba riendo de él...

—¿Qué? – me preguntó algo malhumorado. Empezábamos bien...

—Mientras estaba concentrado en el trabajo, pese a que supuestamente iba a explicarme mis funciones, me tomé la libertad de echarle un ojo a su proyecto y es posible que se me haya ocurrido algo para llevarlo a cabo.

—¿Y por qué piensa que no tengo ya una idea?

—Porque si la tuviera, no tendría el ceño fruncido mientras mira la pantalla desesperado. Puedo ver y sentir cómo trabaja su cerebro en esa cabecita.

—A veces es bueno morderse la lengua y evitar ser insolente, señorita Jones.

—¿Quiere mi ayuda o no? – Siempre fui directa y en ese momento no iba a ser menos.

—¿Qué ha pensado, Susan?

—¿Qué le parece a una persona durmiendo en la Luna? En una manguante. Estamos muy acostumbrados a asociar los colchones a la comodidad de las nubes, pero lo que en realidad debería importarnos es que nos hacen soñar, nos llevan a mundos inimaginables, que nos hacen rozar la Luna y las estrellas con la punta de nuestros dedos. Cuando yo cierro los ojos me imagino la Luna en mis sueños y no unas nubes, para eso ya tengo el algodón de azúcar, que es lo más parecido en la tierra. La noche se relaciona con la Luna y es en esa parte del día, donde descansamos. Creo que podría funcionar, pero tú tienes la última palabra.

—Me parece una idea de los más interesante. ¿Y cómo la representarías?

—Una mujer abrazando a la Luna, por supuesto, como si abrazara su almohada más cómoda o sus propios sueños.

—Muy bien, te compro la idea.

—De nada.

—Gracias, Susan. ¿Te parece si te enseño todo esto y te explico tus funciones?

—Para eso he venido – sonreí para que viera que, aunque a veces parecía borde, era todo amor.

—Nosotros somos una empresa de marketing, pero también creamos anuncios, tanto de prensa como de televisión para nuestros clientes, tenemos un departamento dedicado a ello, mi departamento. Otro destinado a las redes sociales y la difusión de todos los productos de nuestra cartera, que es básicamente el trabajo del director, ese que “supuestamente” te había mandado a verme y, por último, tenemos el departamento que se encarga de la promoción de los artículos, las campañas e iniciativas, y donde realizan estudios de mercado. De ese departamento se encarga

Lindsey. Luego la conocerás.

—Bien. Imagino que yo estaré en este departamento, el tuyo, quiero decir.

—Sí, trabajarás en el departamento de creatividad, que es como yo lo llamo.

—Genial, porque creativa soy un rato.

—Me alegro de ello. Ahora, antes de enseñarte Icon al completo, necesito comentarte el tema del contrato, las condiciones, la firma de la cláusula de confidencialidad y las normas que seguimos en la oficina. Ah, se me olvidaba, en este preciso instante ya podemos tutearnos, no en vano, vamos a trabajar codo con codo, es mejor dejar a un lado las formalidades.

—Estoy de acuerdo.

—Bien – me entregó una hoja con la normativa de la empresa, el contrato para que me lo leyera detenidamente y me sugirió consultarle si tenía alguna duda, pero no fue así, estaba todo explicado de una manera clara y nítida.

La verdad es que el sueldo era de lo más suculento, aunque la vida en Francia era cara, no nos íbamos a engañar, así que firmé cuando acabé de leerlo todo y me di cuenta de que era un contrato demasiado bueno para ser verdad.

El horario era flexible y me daba la oportunidad de hacer lo que quisiera por la tarde, cosa que se agradecía, sobre todo en personas como yo, que éramos, no diré adictas, pero aficionadas a las compras.

Le entregué la hoja firmada, junto con la de confidencialidad y las normas del lugar y me indicó que me instalara en el pequeño despacho al lado del suyo. Esa apreciación de pequeño despacho la había hecho Paul, porque cuando llegué y lo vi, era más grande que donde me hospedaba,

parecía un palacio.

Llamó a uno de sus trabajadores para que me enseñara todos los recovecos de la empresa y es ahí donde descubrí los tejemanejes de una empresa de prestigio internacional, donde no era oro todo lo que relucía.

John, el chico que me descubrió esa Narnia que se veía una vez que entrabas por la puerta principal, estaba enamorado hasta las trancas de Paul, pero ¿Quién no sentía deseo por el hombre?

Hasta una estrella de mar dejaría de cortarse una de sus extremidades para que Paul le metiera su “extremidad”. Madre del amor hermoso, estaba más salida que el palo de un churrero...

—Qué suerte tienes guapa. Moriría por estar en tu posición. ¿No has visto al jefe? Me lo comería cubierto de nata y chocolate – y esos comentarios me los hacía cuando ni me conocía. Qué me diría cuando llevara aquí más tiempo...

—Bueno, la verdad es que no me he fijado – mentí como una bellaca –. Solo quiero hacer bien mi trabajo y seguir aquí por mucho tiempo. No quiero que nada personal interrumpa mi futuro laboral.

—Haces bien, más para mí.

—Todo tuyo – pero mentí, porque desde que nuestras miradas se cruzaron en el tren, sentí un escalofrío que me recorrió entera y ya no pude pensar en otra cosa.

—Bien, si es así, seremos buenos amigos.

—Me vendrá bien tener un amigo aquí, ya que hoy es mi primer día.

—Lo sé. Bienvenida.

—Gracias.

Y así fue como pasó el primer día. Tras la visita turística, me metí en el que ahora era mi despacho y me pasé horas y horas leyendo la documentación de las diferentes empresas para las que trabajábamos, la información relacionada con cada caso, los correos que Paul me había enviado para que me pusiera al día y más o menos la biblia de la empresa, que tardé unas cuatro horas en leer y ordenar.

Cuando acabé, me quería arrancar la cabeza, como si de la chapa de un botellín se tratara y me marché, tras fichar por primera vez. Realmente necesitaba una buena ducha y una buena siesta.

Entré en la casa de la señora Lise, que era la persona que me había alquilado la habitación, y me tumbé en la cama. Necesitaba dormir un poco para que se me pasara el dolor de cabeza que tenía.

Ya habría tiempo de ducharse, comer, cenar o lo que me viniera en gana, pero en ese momento mi prioridad era que mi cerebro desconectara de tanta información por un tiempo.

Me desperté a media noche. No me di cuenta de que estaba tan cansada hasta que me desperté y el reloj marcaba casi las doce. Fui al baño antes de colarme a hurtadillas en la cocina de mi casera, Lise, y arrasé con todo lo que había en la nevera antes de darme una ducha y volver a la cama.

Y así volví a dormirme, como si fuera la mutación de una marmota, esperando simplemente que el despertador sonara a la mañana siguiente para empezar a trabajar en Icon por primera vez.

No tardó mucho en sonar, taladrando mis tímpanos, me preparé sin hacer ruido para no despertar a mi casera y me encaminé a la oficina con mis mejores ganas. Quería dar buena impresión y no parecer una pordiosera.

Subí a mi planta y me senté en mi mesa de trabajo antes de encender el ordenador. Tenía un post-it

pegado en la pantalla con el correo que me habían asignado, la contraseña de este y las tareas a realizar en la siguiente semana.

El post-it me indicó que mirara la carpeta que tenía sobre la mesa y eso hice. Había tanta faena por revisar, que calculé que necesitaría veinte años para hacerlo. Había decenas de proyectos por realizar y clientes ansiosos por ver resultados.

Así que, me puse manos a la obra y resolví un par de expedientes de clientes que esperaban que nos las ingeniáramos para crearles anuncios llamativos u originales y me marché a casa.

Mi jornada laboral había terminado y Paul, no había aparecido en todo el día. Eso me enfureció más de lo que jamás hubiese esperado, sobre todo, porque era mi primer día oficial y esperaba tener un poco más de apoyo.

Me pasé la tarde recorriendo las calles parisinas por el simple placer de conocer el lugar. Por un momento mi mente divagó, bien lo recuerdo, y me imaginé por un segundo con aquel hombre con el que mis ojos se habían cruzado en el tren, paseando por doquier.

No me gustaba como la figura de jefe, sino como aquel hombre misterioso del que me había quedado prendada en aquel pequeño trayecto en tren, con los nervios a flor de piel y el corazón bombeando con fuerza.

No quería a una persona a mi lado que se pasara el día al teléfono o con el trabajo en la cabeza cuando estuviera conmigo, por eso cuando descubrí que el hombre del tren era mi superior, lo eliminé de mi lista de posibles conquistas.

Pasaron los días y él, me miraba con un brillo especial, las pocas veces que venía al despacho o podía dedicarme un minuto a mí y no al teléfono o a la pantalla de su ordenador.

Un mes, había pasado un mes desde que había empezado en este empleo y estaba más que contenta

y, aunque mi trabajo era impecable, y mi jefe estaba más que satisfecho conmigo, hoy estaba nerviosa.

Hoy decidían si continuaba en mi puesto de trabajo o me ponían de patitas en la calle. Al llegar a la oficina encontré una caja sobre mi mesa. Lo primero que me imaginé era que dentro residían cientos de expedientes que me tocaría resolver, pero grata fue mi sorpresa cuando la abrí y vi su contenido.

Era un traje precioso, cubierto de pedrería, digno de una gala de la realeza, con una máscara veneciana que desearía cualquier reina. No entendía bien a qué venía esto y quién me lo había dejado sobre la mesa.

Dejé la caja del vestido y la máscara en un lateral de la mesa y me dediqué a trabajar, que era para lo que me habían contratado. No llevaba mucho tiempo pensando en qué hacer para promocionar unos supositorios, cuando me llegó un correo electrónico nada más y nada menos que de Paul.

*Señorita Jones:*

*La cito hoy a las dos, justo cuando termine su jornada laboral, en el restaurante Piccola para realizar la reunión, antes me resulta imposible verla. Tengo la mañana cubierta de reuniones.*

*Gracias.*

*Atentamente,*

*Paul Wilson,*

*Director ejecutivo de marketing de Icon*

Claramente leí entre líneas y me imaginé que me iba a echar y que prefería hacerlo en un lugar público para que no le montara una escenita. Lo que él no sabía es que yo soy mejor que todo eso y no monto escenas como esas otras empleadas que un día tuvo y a las que echó con una mano delante y otras detrás.



Me dediqué toda la mañana a solucionar marrones que debía solventar Paul, pero que estaba demasiado ocupado para hacerlo. Al final, estaba haciendo no solo mi trabajo, sino también el suyo.

Saqué adelante más faena de la que cabía esperar. Trabajar en silencio y concentrada, siempre había sido uno de mis fuertes y me volvía muy productiva cuando eso pasaba. Por eso, cuando la columna de faena fue reduciéndose, poco a poco, mis ánimos fueron aumentando.

Además, ayudaba el hecho de que en unas horas todo hubiese acabado para bien o para mal. Esa tensión que todos los días envolvía mi cuerpo y la incertidumbre de no saber, me mataba, poco a poco.

A la hora de salir me temblaban hasta las piernas mientras me dirigía al restaurante en el que había quedado con Paul. Debía pasar este trago y que Dios repartiera suerte, porque ya estaba echada.

Lo vi sentado en una de las mesas centrales hablando por teléfono. El restaurante estaba a rebosar y todo el mundo parecía de la alta sociedad, con esos trajes y esos looks tan parisinos y yo, desentonando en el lugar, simplemente llevaba un vestido con falda de tubo y unos tacones negros.

No es que fuera lo más cómodo del mundo, pero tampoco iba a ir en chándal. Lo saludé y me senté frente a él, mientras se disculpaba por seguir hablando por teléfono. Dos minutos después, mientras tomaba un poco de agua, que supongo habría pedido antes, colgó.

—Hola, Susan, gracias por venir. Quería hablar contigo en cualquier otro sitio que no fuera la oficina porque lo encuentro un espacio demasiado frío y no tenía mucho tiempo.

—Lo sé, sé que estás muy ocupado, apenas has estado un par de minutos en el despacho desde que trabajo en Icon.

—Lo sé y siento mucho haberte dejado sola, pero sé de buena tinta que te las has apañado muy bien y has sacado el trabajo de ambos adelante con muy buenas valoraciones. Te felicito por ello.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, mereces que valoremos tu trabajo. Bueno, ahora la decisión que hemos tomado el equipo directivo...

Y entonces, cuando estaba a punto de saber qué me deparaba el destino, el camarero nos interrumpió para tomarnos nota de lo que íbamos a comer. Di un rápido barrido con la mirada a la carta y pedí antes de que lo hiciera Paul.

Cuando por fin se fue, miré a Paul deseosa de que por fin me diera el veredicto, parecía que le encantaba torturarme y tenerme en ascuas para que mi cabeza y mi cuerpo se torturaran. Ya hasta mis uñas se clavaban en las palmas como cuchillas asesinas.

—Bueno, como iba diciendo antes de que nos interrumpieran, la directiva y yo hemos tomado una decisión en base a la ejecución de los proyectos de los que te has encargado estos días. Te agradecemos todo el esfuerzo que has puesto en cada uno de ellos, pero no podemos permitir que... – Hizo una pausa dramática y ese “pero” me mató. Me iban a echar, lo sabía – trabajes en otro lugar que no sea Icon. Felicidades, el puesto es tuyo.

—Muchísimas gracias, de verdad, no les fallaré – dije emocionada y sorprendida a la vez. Casi se me saltan las lágrimas por tantas sensaciones y sentimientos encontrados.

—No hay de qué, te lo mereces. Ahora quería hablarte de otro aspecto, y por eso en parte no quería hacerlo en la oficina.

—Claro, dime.

—Tengo que asistir por motivos laborales a la fiesta temática de un cliente un tanto especial, pero es uno de nuestros mejores clientes y no puedo permitir que nuestra relación se fracture por no ir. Me preguntaba si te apetecería venir conmigo. Por supuesto ya te compré todo para que sepas que no tienes que gastar ni un euro, todo corre de mi cuenta.

—Así que fuiste tú quien me había dejado ese paquete con la máscara y el vestido.

—Sí, disculpa, culpa mía. Pude intuir tu talla a ojo, pero siento no haberte comprado los zapatos, no tenía ni idea de cuál era tu número.

—No te preocupes, el vestido es precioso, y tienes buen ojo, es exactamente de mi talla.

—Me alegra oír eso. Tampoco te compré la ropa interior por motivos obvios.

—Jajaja, por supuesto. Por cierto, ¿cuándo es la fiesta, Paul?

—Esta noche.

—Joder, podías haberme avisado con más tiempo.

—Lo siento, yo me enteré ayer, bueno, fui invitado ayer, así van las cosas en nuestro mundo.

—Bueno, como ya tengo el vestido, creo que puede ser viable.

—Muchas gracias. ¿Te recojo en casa sobre las nueve?

—Bien. Te mandaré mi dirección en un email.

—Mejor en un mensaje, no quiero que conste en las informaciones de la empresa.

—Como quieras. Tengo una pregunta.

—Claro, dime.

—¿Por qué yo?

—Porque me gustas y porque desde que te vi en aquel tren, no he dejado de pensar en ti ni un jodido segundo.

## CAPÍTULO 3: ESPUMA Y MÁSCARAS



### *2 años atrás*

Volví a casa más que en shock. ¿Se podía estar más que en shock? No sabía si existía ese término, solo sé que cuando me dijo eso no puede hablar el resto de la comida, simplemente procuré tener en todo momento la boca llena para que no me pidiera que le respondiera a lo que me acababa de confesar.

Cuando llegué a la habitación alquilada, simplemente me dejé caer sobre la cama y rememoré una y otra vez esa última frase demoledora de Paul. A mí también me había llamado la atención en el tren, pero jamás se lo hubiese confesado y menos en una supuesta comida de negocios.

La idea era estar lista a las nueve, la hora que habíamos quedado para ir a esa fiesta de uno de los clientes de la empresa, pero no sabía realmente cómo reaccionar ahora cuando estuviese a su lado.

Creo que lo más correcto para que no afectara a la noche, sería hacer como si no pasara nada y con suerte todo saldría bien, así que me puse el vestido después de echarme una siesta, escogí los zapatos y el bolso y metí el antifaz en este.

Me senté de nuevo en la cama y abrí el maletín de maquillaje para decidir cual iba a ser el look de hoy. Me decidí por una base suave y natural con un labial rojo y una sombra de ojos ahumada, ya que era lo que le quedaba mejor al vestido.

La verdad es que estaba bastante mona, no nos íbamos a engañar. Lo último que faltaba era el pelo y apenas quedaban unos minutos para que llegara Paul, pero no había problema, tenía la solución en mis manos, literalmente.

No hacía mucho tiempo, me había comprado un rizador de pelo y era de lo más práctico. Colocabas el mechón y el aparato lo succionara en espiral antes de calentarlo, como una plancha, hasta que, pasado el tiempo que consideraba adecuado, lo soltaba, dejando unas ondas preciosas y naturales.

En un santiamén, mi cabello tenía unas ondulaciones perfectas, justo lo que quería. Tras coger un chal, porque en pleno invierno hace un frío que pela. Bajé las escaleras, Paul debía estar esperándome abajo.

En una semana sería Navidad y rezaba a todo en lo que creía para que nevara. Adoraba la nieve y, sobre todo, adoraba hacer angelitos tirándome al suelo cubierto de manto blanco y mover brazos y piernas.

Salí por el portal y ahí estaba Paul, en la puerta trasera de una, ¡limusina! Madre mía, cómo se las gastaba mi jefe. Aquí tarjetas black no, pero se manejaba pasta de la buena.

Le sonreí antes de entrar en la parte trasera de la limusina mientras veía como se le desencajaba la mandíbula por momentos, algo que me hacía mucha gracia, aunque trataba de disimularla con unos fingidos.

—Estás preciosa, Susan.

—Gracias Paul y gracias por el vestido y el antifaz.

—No hay de qué, te compraría uno cada día solo por verte tan hermosa. ¿Quieres una copa de cava?

—Me encantaría – lo vi sirviendo el cava en un par de copas mientras lo miraba con disimulo. Era un hombre de ensueño, lo tenía todo, todo lo que yo buscaba, pero había una pega, era mi jefe, y como bien decían siempre; “no hay que mezclar trabajo y placer”, a menos que seas prostituta, pero no era el caso.

—Por ti, Susan – vi que alzaba su copa y me entregaba la mía para que hiciera lo mismo.

—Por ti, Paul – contesté de la misma manera. Brindamos y tomamos un trago antes de seguir mirando el paisaje que nos rodeaba.

No dijimos nada más mientras disfrutábamos del trayecto, rumbo a la casa donde se iba a realizar esa fiesta que, sin duda parecía ser de alto standing. Tomé una bocanada de aire cuando vi una casa que bien podría ser un castillo victoriano.

Era de esos paisajes de postal que te dejaban petrificado antes de deleitarse por el paisaje que refleja. Y eso hice mientras las estrellas y la Luna empezaban a bañar de luz allá donde mirábamos.

Salimos de la limusina, dejando la copa sobre uno de los espacios destinados a ello y subimos las escaleras hasta la puerta principal del inmenso casoplón que teníamos delante. Las puertas estaban abiertas de par en par, así que, simplemente entramos.

Estaba lleno hasta los topes, no cabía una aguja y todos vestían con trajes de época, caros, y con sus máscaras, que decoraban el rostro. Nosotros nos las habíamos colocado antes de bajar de la limusina.

Entramos y nos dieron una copa de cava y una bolsa cerrada a cal y canto de un tono burdeos de lo más intrigante. Me quedé mirando sin entender a la persona que me había dado la bolsa para que alguien me explicara qué estaba pasando.

A ver, entendía que la copa es porque querían que me emborrachara esta noche. Ya había empezado a beber en la limusina y pintaba que esta noche iba a liquidar todo el alcohol de París.

—Solo se abrirá la bolsa cuando el anfitrión lo ordene – suerte que entendía bastante el francés, que si no, íbamos bien...

—Bien – contesté sin saber qué más decir.

—Gracias François.

—No hay de qué, señor Wilson. ¿Y su acompañante, es? Debo registrarla.

—La señora Jones.

—Bien, gracias. Disfruten de la fiesta.

—Lo haremos.

Entramos al salón principal, sorteando al gentío. Aquello parecía una lata de sardinas, apenas podíamos movernos con libertad. Paul dijo que iba a presentarme al duelo del que parecía un palacio veneciano, me imagino que el empresario que teníamos como cliente, el que nos había invitado, vamos.

El hombre era robusto, tenía una barriga prominente y la barbilla y la papada se fusionaban por momentos. Me pareció una persona de gran inteligencia, poder y soberbia. La verdad es que me gustaría conocerlo para analizar su pensamiento, me parecía sumamente culto y curioso.

Nos paseamos por la fiesta para saludar a todos los invitados. La idea era que Paul hiciese todos



los contactos posibles, sobre todo, porque en este tipo de fiestas todos eran personalidades de renombre y de gran poder adquisitivo, también conocidos como, “los que tienen pasta”.

Conocí a cantantes franceses, productores, arquitectos, marchantes y de más personalidades con nombre y apellidos en París. Y entonces el anfitrión llamó nuestra atención.

—Buenas noches tengan todos. Soy Richard Mathews, el magnate de petróleo que ya todos conocéis. Si estáis aquí es porque me caéis bien o porque me tenéis cogido por los huevos – todos rieron –. En cualquier caso, me gustaría que lo pasarais muy bien en la fiesta y que bebáis hasta caer rendidos. Tengo habitaciones de invitados de sobra, así que no os preocupéis. Bien, cada uno de ustedes tiene una bolsa, o una bolsa por pareja en el caso de que hayáis venido con acompañante. Abrid la bolsa, allí encontraréis una bola de Navidad. Dependiendo del color de la bola, deberéis encaminaros a una sala u otra. Hay cuatro colores, el azul, el rojo, el amarillo y el verde. Cada puerta tiene una tarjeta enganchada en la misma. Deberéis resolver las pistas y los puzzles para que siga trabajando con vosotros o conservemos nuestra amistad. Es broma. Bueno, quizá no tanto. El equipo, o los equipos, que no consigan llegar a la prueba final, deberá marcharse de la fiesta, SIN ROPA.

Todos nos miramos sin entender bien. Parecía que eso de “sin ropa”, no lo decía de coña. Yo no quería salir de allí sin nada que cubriera mi cuerpo, sobre todo, porque hacía un frío que pelaba.

Miré a Paul y este solo sonrió, parecía muy seguro de sí mismo, como si ya supiera que él no iba a perder. Bueno, él nunca perdía o al menos ese era su lema.

Una música algo clásica y que invitaba a los bailes típicos de las películas de época y esos bailes de máscaras que nos enamoraban de adolescentes, lo envolvió todo y me tomé el último trago mientras Paul me propuso algo que no me esperaba.

—¿Me concederías el honor de bailar contigo, Susan?

—Claro – dejé la copa sobre una de las mesas que tenía al lado y tomé la mano que me extendía

para acompañarlo hasta el centro de la pista, donde la gente, solidaria, dejó un espacio lo suficientemente grande como para poder bailar.

Algunos ya habían ido a sus salas a hacer las pruebas, pero no había prisa, la noche era larga y podían pasar muchas cosas. Las prisas nunca eran buenas y te hacían cometer más errores que aciertos.

Bailamos despacio, al tempo de la melodía, que lo envolvía todo y, mientras su mano se aferraba con firmeza a mi cintura, mis ojos se habían quedado prendados en los suyos, como si acaso los hubiera secuestrado.

Y así permanecemos durante toda la canción, solo mirándonos mientras dábamos vueltas sobre nosotros mismos para no entorpecer el baile de los otros asistentes a la fiesta.

—Susan, me gustas, me gustas mucho, no dejo de pensar en ti un jodido minuto y ya no sé qué hacer para llamar tu atención y que me veas como a un hombre y no como a tu jefe. Déjate llevar, olvídate quién soy y vive el momento.

—No puedo hacer eso. Eres mi jefe y no concibo una relación que no sea la estrictamente laboral. Lo siento mucho Paul, pero no voy a cambiar de parecer. Eres un hombre muy apuesto, pero no creo que yo sea la chica indicada para ti.

—Deja que eso lo decida yo, ¿no?

—No creo de debamos.

—Por favor, solo una cita.

—¿Acaso esto no es ya una cita?

—No, estos son negocios.

—¿Seguro?

—Bueno, puede que sea una cita encubierta, pero quiero una cita de verdad contigo.

—Solo una cita y haremos como que nada de esto ha pasado. Si te prometo eso, ¿dejarás de ser tan insistente?

—Cuando tengas una cita conmigo, ya no podrás hacer como si nada hubiera pasado.

—¿Tan seguro lo tienes?

—Yo nunca pierdo, Susan.

—Yo siempre gano, Paul.

Dejamos de bailar, nuestros pies se quedaron estáticos en el suelo y simplemente era ahora el suelo el que se movía a nuestro alrededor. No importaba nada más que ese momento, que ese instante.

Paul me tomó la mano y me llevó a la sala con el sobre del color que nos había tocado en la bola, el burdeos. Allí se habían personado otras cuatro parejas más que se comían con los ojos y por el lenguaje corporal que mostraba intenciones pecaminosas.

—Estoy muy emocionada – dijo una.

—Y yo – respondió su pareja.

A mí, sinceramente, me daba igual, no nos vamos a engañar, no era mucho de juegos, pero si había que jugar por la empresa, jugaríamos, todo fuera por mantener mi puesto de trabajo.

Cogí, con todo mi morro, la carta que estaba enganchada en la puerta y la leí, lo que me encontré fue un acertijo de lo más enigmático. Me aclaré la voz ante de leerlo para todos.

—Tenemos un acertijo para poder abrir la puerta. En la puerta hay un candado que solo puede abrirse con una palabra y esa palabra es el resultado del acertijo. Y es el siguiente: Si me tienes, quieres compartirme. Si me compartes, no me tienes. ¿Qué soy?

Miré a Paul, yo ya sabía lo que era, de pequeña me encantaban los acertijos y me convertí una experta en ellos, así que simplemente le guiñé el ojo y sonreí. Él lo pilló al vuelo y se dirigió al resto del equipo.

—¿Alguien sabe la respuesta? Lo digo porque mi acompañante sí.

—No la sabemos – dijo una pareja al unísono.

—La respuesta es el secreto, secret en inglés. Por tanto debemos colocar esa palabra en el candado.

—Oh, qué buena – dijo una chica antes de colocar la palabra en el candado para que se abriera la puerta.

Todos nos metimos en el habitáculo antes de que la puerta se volviera a cerrar a cal y canto, como si estuviera pegada con Loctite. Sobre una mesa, en ese pequeño comedor en el que nos encontrábamos, había un pequeño puzzle esparcido a lo largo de la misma.

Dejé que los demás se encargaran del puzle, ya que yo lo había hecho en la primera prueba. Sentí una presencia a mi espalda y un susurro que me erizó la piel y me hizo recorrer un frío escalofrío por toda la espalda.

—Me encanta que seas tan lista, eres tan interesante que no veo el momento de hincarte el diente — escuché la voz de Paul, susurrándome al oído.

Su lengua acarició mi cuerpo por un segundo y un jadeo sordo se escapó de entre mis labios mientras intentaba disimular esa pequeña humedad que ahora empapaba mi ropa interior.

Miré a todo el mundo para saber si alguien había visto lo que había ocurrido, pero todos estaban enfrascados en el puzle, cosa que agradecí. Me acerqué con disimulo y vi que casi lo tenían completado.

Se trataba de un laberinto con posibles salidas, pero solo una era la correcta y había que llegar a ella. Cada salida tenía una palabra, había que averiguar cuál era en camino para quedarnos con la palabra.

Y lo resolvimos. Por supuesto que lo resolvimos y la palabra era, “rosas”. Empezamos a buscar rosas por la habitación, pero no había ningún tipo de flor en la estancia, así que empezamos a desesperarnos.

Y cuando menos nos imaginamos, y más nos desesperaba ya la espera, Paul encontró la respuesta. Nos mandó llamar y nos acercamos a su posición para oír lo que tenía que decir. No entiendo cómo no se me había ocurrido antes.

—¿Los dibujos de las bolsas que nos han entregado no son rosas?

—¡Claro! — grito aplaudiendo como una niña emocionada y corro a abrazarlo.

Él me acogió entre sus brazos y me giró en el aire, como si no fuera más que una cría de cinco años y al bajarme, besó mi comisura. Intenté apartarme, pues no me parecía apropiado, pero me pegó a su cuerpo y simplemente me miró con llamas en los ojos mordiéndose el labio.

—Sé que no es el momento ni el lugar, pero cuando consiga probar esos labios con tu consentimiento, ya no podré dejarlos nunca.

—¿Y si no te doy mi consentimiento? – Lo reté.

—Aguardaré como un perro sentado en el felpudo mientras la lluvia invernal cae sobre su cuerpo, hasta que un día le abran la puerta.

—Mira que eres dramático.

—Mira que te gusta hacerte la dura, Susan.

Me separé definitivamente porque todo aquello iba a acabar mal si seguíamos por ese camino, muy mal. Los chicos estaban emocionados, al parecer habían descubierto cuál era el siguiente paso que debíamos dar.

Todos estaban rompiendo sus bolas de decoración navideña para encontrarse en su interior una serie de papeles que tenían escrita una letra. Me imaginé por un momento que ese conjunto de letras que aparentemente no tenían nada que ver, podían esconder otra nueva palabra con la que tirar.

La descubrimos, la verdad es que en nuestro equipo había gente espabilada, no era el típico de pijos tontos que no sabían hacer la o con un canuto.

Finalmente, conseguimos averiguar, tras varias organizaciones, la palabra “espejo”. Buscamos un espejo en la sala que pudiera contener un mensaje oculto, pero no había nada.

Y entonces se me ocurrió, quizá no era literal. Cogí una bandeja de plata, donde descansaba algo de fruta, y la vacié antes de darle la vuelta. La plata reflejaba mi rostro como si de un espejo se tratara.

Y como inscrito en ese material tan especial, había una serie de números grabados a cuchillo que no entendía para qué eran. 25122020. Entonces lo vi claro, el día de Navidad. Tenía algo que ver con el día de Navidad.

¿Había por la sala algún almanaque?

Dejé que de ello se encargaran los chicos una vez les hube explicado mi teoría sobre la reciente pista y se dedicaron a buscar almanaques y cosas relacionadas con la Navidad mientras yo me sentaba en el sofá y disfrutaba de un Martini.

No sabía si formaba o no parte del atrezzo, pero la verdad es que me apetecía mucho una copa y a falta de pan, buenas son tortas. Acabé con tres o cuatro copas en el cuerpo, ya no recordaba bien cuantas.

Paul se sentó a mi lado entonces y me sonrió justo antes de colocar su mano en mi muslo izquierdo algo preocupado. No quería que me viera como una empleada algo perjudicada, pero la idea era pasarlo bien en la fiesta y eso era exactamente lo que estaba haciendo yo, en ese preciso instante.

Los chicos encontraron una especie de calendario de adviento hecho de madera y se pusieron a gritar de júbilo, pero mi atención estaba focalizada única y exclusivamente en Paul.

—Perdona si estoy haciendo el ridículo por beber tanto. No suelo salir mucho y cuando lo hago y hay cócteles tan deliciosos como estos, se me va un poco la mano, y la cordura.

—No pasa nada, me encanta ver esa sonrisa pizpireta que te sale cuando has tomado de más y se une a ese tono sonrosado que aparece en tus mejillas, te hace todavía más hermosa de lo que ya eres.

—No lo creía yo tan galán, señor Wilson.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de mí, Susan, pero me encantaría que poco a poco las descubrieras.

—Interesante... – No supe qué más decir en ese momento, cuando me decía esas cosas se me acababan las ideas, pero lo que tenía claro es que era mi jefe y no iba a traspasar esa línea, por encima de mi cadáver.

Trajeron a la mesa, aquellos astutos que habían encontrado la siguiente pista, lo que habían encontrado en el calendario, nada más y nada menos que una llave. Me imaginé que era la que abriría la puerta, pero nada más lejos de la realidad.

Empezamos a buscar cerraduras por toda la habitación. Fuimos en parejas, por supuesto. Habíamos probado en la cerradura de la puerta, pero lógicamente no podía ser tan fácil.

—Sabes, creo que sé de dónde puede ser la llave, Susan.

—¿Ah sí? ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Creo que es la llave de tu corazón – me guiñó el ojo y no pude hacer otra cosa que reír por sus ocurrencias.

—Estás mal de la cabeza.



—No más que tú, y no deberías hablar así a tu superior o podría despedirte.

—Ahora no estamos dentro de la jornada laboral. Solo somos Paul y Susan, como dos desconocidos que se encuentran en un bar, nada de jefe empleada.

—Ojalá te hubiese conocido en un bar y conquistado antes de que empezaras a trabajar para mí, entonces no me podrías decir que no, porque ya te hubiese seducido con mis encantos.

—¿Y si no es la cerradura de una puerta o un candado? ¿Y si es un cofre? ¿No lo ves?, lo hemos tenido delante todo el tiempo. Chicos, es el cofre de la mesa principal, probad en él.

—Vale – contestaron los chicos volviendo a la mesa para probar.

Y efectivamente, la llave entraba como un guante en la cerradura del cofre. Al abrirlo, dentro de este había cuatro cheques al portador de diez mil euros. Miré a Paul sin saber qué decir o qué pensar.

—Siempre ofrece regalos en sus juegos. A veces Rolex, otras veces cheques, diamantes, va por día y dependiendo de su humor.

—Pues yo quiero venir a estas fiestas cada día – Paul se rio mientras me entregaba su cheque.

—Puedes quedarte el mío.

—¿Vas de sobrado?

—No, simplemente quiero que lo tengas tú para que puedas llevar más vestidos como ese, que te hacen un cuerpo de infarto, y así me deleito al verlo.

—¿Y quién ha dicho que me los vaya a poner para ti si me los compro?

—¿Siempre eres tan difícil?

—¿Y tú tan insistente?

—*Touché.*

Sonreímos y me guardé los cheques en la parte interna del sostén, para que no me los robaran o se me perdieran. Que desaparecieran veinte mil euros podría ser una gran catástrofe para mí.

Con ese dinero podría buscarme un buen pisito en París, y no un cuchitril, o en este caso habitación, que era donde estaba viviendo. No es que estuviera mal, pero tener un piso para mí sin tener que dar dinero o explicaciones a nadie es mucho mejor.

Cerramos el cofre nuevamente y nos cogimos la llave por si nos hacía falta más adelante. Ahora no teníamos idea de cómo teníamos que proceder, ya que los cheques no tenían pistas para saberlo.

Nos sentamos en los sofás para pensar y fue entonces cuando vi que Paul sacaba el teléfono móvil del bolsillo y le mandaba un mensaje a alguien. Pude ver claramente lo que ponía y en ese momento no supe si cabrearme o sorprenderme.

*«Ya puedes abrir la puerta, hemos llegado al final. Espero poder llegar, poco a poco a su corazón, gracias por organizarme la fiesta. Tu amigo, Paul».*

¿Paul había organizado todo aquello para conquistarme o sorprenderme? ¿Qué clase de locura era esa? Jamás había nadie hecho nada parecido para que me fijara en él. No es que apreciara las

cosas materiales, y si pensaba que así era, iba por mal camino, pero la verdad es que una persona que era capaz de montar todo aquello para pasar la noche conmigo, a modo de cita, merecía tener una cita de verdad.

No le comenté que lo hacía descubierto, simplemente llamé su atención para que escuchara las palabras que estaba a punto de decirle y de las que posiblemente me arrepentiría minutos después.

—¿Te gustaría que tuviéramos una cita mañana?

## CAPÍTULO 4: PASIÓN ENTRE COPOS



### *2 años atrás*

La fiesta había sido de lo más interesante y al final, tras abrirnos la puerta y dejarnos salir del habitáculo donde nos habían encerrado para jugar, habíamos puesto rumbo a casa, yo con mis dos talonarios de diez mil euros cada uno. Me sentía rica.

Era viernes y mañana no había que trabajar, pero Paul y yo habíamos quedado porque yo, cómo no, era una boca chancha y al final había cedido. Si es que no se me podía dejar sola...

Me pasé la mañana comprando comida, pues tenía la nevera tan vacía que temblaba de frío, después me fui a correr un rato para quemar la pizza que me había comido, mandando momentáneamente la dieta a la mierda.

Acabé sudando como un pollo y yendo de cabeza a la ducha, justo antes de ponerme a buscar un plan para hacer con Paul. Hacía tanto tiempo que no salía con nadie, que se me había olvidado cómo se hacía.

No quería la típica cita de cine, cena y beso en la mejilla, que eso estaba muy visto y había tenido demasiadas de esas, al final se volvían aburridas y lo que menos necesitaba eran citas aburridas.

Y entonces se me ocurrió. En el tren, el día que fui a la entrevista de trabajo había un cartel anunciando un lugar donde hacían paintball. Podía ser una manera divertida de pasar la tarde, o al menos una cita un tanto original.

Lo busqué en Google y cuando lo encontré llamé para reservar. Mi chapurreo de francés sirvió para que me reservaran dos plazas en el equipo azul. La verdad es que me ilusionó que me saliera bien la jugada, nunca mejor dicho.

Me puse un jersey ajustado y un pantalón bombacho para estar cómoda, ya que tocaba moverse, correr, agacharse, y dar volteretas si hacía falta. No podría llevar un vestido corto para que se me viera toda la “patata”.

Cuando estuve lista y el maquillaje estaba donde tenía que estar, me senté en el sofá a hacer algo de zapping mientras esperaba que Paul, viniera a recogerme. Habíamos quedado a las cuatro y todavía quedaban unos minutos.

Mi intención era bajar cuando fuera la hora. No le había dicho el piso, solo la calle, por eso de que no era mío, sino de mi casera, esa que no se encontraba en casa en ese momento y que por eso me había permitido el despatarrarme en el sofá.

Cuando llegó la hora, bajé a la calle. No es que fuera muy grande, pero estaba plagada de coches, cosa que me impedía saber cuál era el de Paul, así que, simplemente le mandé un mensaje diciéndole que me buscara, que llevaba una chaqueta rosa, un color difícil de pasar inadvertido.

Y entonces lo vi saliendo de su coche para recogerme en el portal, pero no lo dejé hacerlo, me acerqué yo y nos saludamos con un par de besos en las mejillas antes de que me saludara con una sonrisa en los labios.

—Estás preciosa, Susan.

—Tú también, aunque me parece que vamos a tener que pasar por tu casa para que te pongas más cómodo.

—¿Y eso por qué?

—Porque vamos a jugar y para eso un traje no es el mejor atuendo.

—Vale. ¿Qué te parece si me compro algo en alguna tienda de la zona?

—Claro. Podemos ver qué es lo mejor para nuestra aventura.

—Me encantará vivir esa aventura a tu lado.

Subimos en el coche y pronto nos plantamos en la calle principal de los comercios, donde Paul aparcó el coche en uno de los estacionamientos subterráneos de pago, ya que no había sitio por ningún lado.

Entramos en una de las tiendas de deportes. Era una de esas que yo jamás hubiera entrado, aunque teniendo veinte mil euros, puede que cambiara de opinión respecto de dónde entrar a comprar ahora.

¡Me sentía como Pretty Woman!

Lo miré mientras escogía varios conjuntos que le gustaban y se fue a uno de los probadores. Yo lo esperé tras las cortinillas, porque insistió en que me quedara cerca para que le dijera cómo le quedaba.

Mientras me metía en el probador mis ojos fueron hacia su trasero. Madre mía qué trasero, se podían partir nueces en él, por no hablar de lo redondo y perfecto que era. Lástima que fuera mi jefe, si no, otro gallo cantaría.

Y entonces pasó, me llamó medio desesperado, como un niño pequeño que no sabe cómo

proceder, porque se le había pillado un pedazo de piel de la tetilla con la cremallera y estaba viendo las estrellas en 3D.

Entré en el probador y cerré la cortinilla antes de mirarlo a los ojos. Estaba en calzoncillos, porque los ojos eran pillos, y se habían desviado una décima de segundo hacia la zona prohibida.

Intenté disimular, como si no hubiese visto nada y le ayudé en lo que pude para que escapara de las garras de esa cremallera maligna, que le había jugado una mala pasada en su pecho lobo.

—Realmente, lo podía haber arreglado solo, pero me apetecía que tuviéramos un momento de intimidad. Nunca he hecho nada en un probador, pero eso podría cambiar si tú quieres.

—Pues lo siento mucho, pero lo más erótico que vas a hacer en él, es pellizcarte el pezón – besé su mejilla y salí bien orgullosa de mí misma del probador.

No sé de dónde me había salido ese coraje fingido y con semejante hombre delante, mi mente se había echado un jarro de agua fría de manera autónoma. Bien por mí, un punto.

Acabó saliendo, ya con el chándal bien puesto y la cremallera sin enganchar nada y tras pagar cogimos el coche para ir a la ubicación que yo le proporcioné, no para que él supiera el destino, sino que le iba indicando yo.

—¿Te gustaría cenar mañana conmigo?

—¿No hemos tenido todavía la cita y ya quieres repetir?

—Es que cuando algo me gusta voy a por ello hasta sus máximas consecuencias.

—Depende, iré si me cocinas tú. Te he estado investigando por Internet.

—¿Eres una psicópata? – me dijo riendo.

—Puede, pero ahora esta psicópata sabe que cocinas de fábula, así que, ya sabes.

—Así que quieres que cocine para ti. ¿Y qué me llevo yo a cambio?

—El placer de mi compañía.

—No es suficiente, si voy a dedicarle horas a la cocina quiero algo equiparable.

—¿Quieres que compre un buen vino?

—No, quiero un buen beso.

—Pues dame una buena comida y ya veremos.

—¿De qué tipo de comida estamos hablando? – Me hizo ojitos.

—No seas guarro. Anda, gira a la izquierda que estamos a punto de llegar.

Pronto aparecemos en el paintball en el que he reservado un pase para las seis. Eran menos cinco, así que llegábamos con el tiempo justo para ponernos el mono y los protectores, además del casco y meternos en la jungla en busca de pelea.

Nos pusieron en el equipo azul una vez nos habíamos cambiado, cada uno en nuestra propia barraca, porque a eso no podía yo llamarlo cabaña o caseta, y nos colocamos a nuestro lado del campo, mientras el guía, en el centro de este, nos explicaba las reglas y cómo iba la pistola.



Yo ya había visto muchas películas de tiros en mi vida para saber cómo se manejaban, pero nunca estaba de más que nos dieran un repasillo, una clase rápida como las de la escuela, para repasar conceptos.

Cuando todos lo tuvimos claro, nos colocamos en posición y esperamos a que el responsable diera por iniciada la batalla campal. Cargué mi arma y miré a Paul con una sonrisa en los labios antes de bajarme la visera del casco. ¡Que empiece el juego!

Me escondí tras una casa de madera repleta de pintadas por las múltiples bolas de pintura que habían impactado en ella. Miré al lado izquierdo de la casa para ver si tenía a alguien a tiro y vi el culo en pompa de Paul.

Podía haberle dado en toda la diana, pero formaba parte de mi equipo y eso solo nos dañaría, así me centraría en dar a dianas rojas y no azules. No quería ser mala, no en vano era mi jefe y podía echarme.

Vi a un pitufo rojo que se me acercaba con cara de mala leche, y no me refiero a que fuera un pitufo literal, sino que era o un enano o un niño, pero yo no tenía piedad, quería ganar. Le disparé entre ceja y ceja, suerte que llevaba el casco...

Aunque no lo parecía, siempre había sido muy competitiva.

No dejaba que nadie me ganara al Monopoli, a las damas, al ajedrez, al parchís, hasta al Uno si hacía falta. Me pillaba unos berrinches si no ganaba, que mis padres me encerraban en mi habitación para que reflexionara cuando me ponía morruda y no quería razonar con nadie.

Mis padres... Los echaba tanto de menos. Se me partía el corazón saber que ya no podría abrazarlos más, que no volverían a castigarme, que no sentiría el latido de sus corazones como cuando de pequeña me tumbaba colocando mi cabeza en su vientre.

Intenté volver a la realidad y salí de la casa de madera a modo kamikaze para darle a todo el que me encontrara por el camino mientras esquivaba a lo Neo de Matrix, todas las bolas que venían hacia mi dirección.

Le di a tres de los cinco contrincantes y me sentí por un momento como Rambo mientras mis compañeros de equipo gritaban mi nombre como si estuvieran poseídos y a mí me subía la adrenalina y, por qué no decirlo, también un poco el ego.

Paul salió entonces, usando mi estrategia y lo acribillaron vivo. El truco era correr en zigzag y él lo había hecho en línea recta. Vamos, que mucho cerebro para los negocios, pero para el juego, nada de nada.

¿Significaba eso que era afortunado en el amor? A saber, yo ya hacía tiempo que había entendido que no era afortunada en nada y que si quería una fortuna tenía que labrármela yo misma.

El resto de mi equipo fue cayendo, aunque no sin dejar una baja del equipo contrario. Solo quedamos dos, los caídos, que era como yo los llamaba, estaban ya despejados y se habían colocado en una esquina para no molestar.

Paul me miraba y por un momento eso me despistó, pero dejé de mirarlo, no podía permitirme perder o sería él, el que aguantaría mi genio. Recargué y me dispuse a salir de nuevo a campo abierto a finalizar la batalla.

Barrí bien la zona hasta localizar mi objetivo. Estaba escondido tras una rueda de tractor, en la otra punta del campo, pero eso no me iba a permitir salir victoriosa de la batalla, aunque la nieve que residía a mis pies me dificultara la faena.

Empecé a cantar de manera inconsciente en mi cabeza aquella canción de Mariah Carey que la catapultó a la fama, o al menos una de ellas, el *I want for Christmas is you*, y me dispuse a luchar por lo que era mío por derecho.

Me fui acercando a su posición cubriéndome siempre y con todo el sigilo posible, mientras Paul me miraba sonriendo y orgulloso, tirándome algún que otro beso al aire y poniéndome más nerviosa, para qué nos vamos a engañar.

Y entonces salí a campo abierto, con el arma a una mano y la otra en el bolsillo, como una niñata chulita y grité a mi contrincante para que pudiera escucharme lo más claro posible.

—Por qué no lo hacemos como dos valientes, uno contra uno, como en el oeste. ¿No te atreves, eres un gallina? – dije chapurreando como podía en mi francés de Cuenca.

Y entonces lo vi salir decidido, con un semblante serio mientras avanzaba hacia el lugar donde iba a colocarse, arma en mano. Solo nos faltaban tres cosas, una gran X para la colocación, Clint Eastwood y la bola esa típica del desierto.

Pero Clint Eastwood no iba a venir, la X no se veía y la única bola que aquí íbamos a ver era la de nieve si decidíamos cambiarlas por las de pintura, aunque no creo que fuera el caso.

—A la de tres disparamos, el más rápido gana.

—Oui.

—Un – dije yo para marcar el uno.

—Deux – dijo el francesito remilgado para el dos.

—Trois – dije al tiempo que disparaba y me dejaba caer al suelo girando como si fuera una croqueta y estuvieran a punto de rebozarme.

Ambos teníamos un disparo en el cuerpo, pero el árbitro aseguro que el mío había impactado primero, dándome por vencedora. Salté, brinqué, grité y baile, presa de la adrenalina y el júbilo y cuando Paul se acercó a mí para abrazarme, lo besé.

Y lo besé con ganas, porque me apetecía y porque siempre podría negarlo. Enredé mis dedos en su pelo corto y lo saboreé con un hambre que no había sentido nunca. Me separé entonces de manera abrupta mientras lo miraba a los ojos.

—Lo siento mucho Paul, yo no quería.

—Pues yo sí y me ha encantado. Sabes a vida.

—No puede volver a repetirse, ha sido la euforia del momento. Eres mi jefe...

—Si para poder salir contigo tengo que dejar de ser tu jefe lo haré.

—¿Vas a despedirme porque te has encaprichado de mí?

—No he dicho que vaya a despedirte, pero puedo enviarte a otro departamento que no tenga nada que ver conmigo y traerme a alguien de allí que ocupe tu lugar si así dejas de verme como tu jefe y empiezas a verme como un hombre.

—Puede que eso ayudara, pero, ¿dónde quieres mandarme? No sé si esa es la solución.

—Joder, entonces no sé qué quieres que haga. Me estoy volviendo loco por no poder tocarte, besarte, hacerte mía.

—No me conoces, no puedes tener esos deseos hacía mí.

—Puede, pero conozco lo que siente mi corazón cuando te tengo cerca. Mi pulso se acelera, al igual que el latido de mi pecho, las manos me arden por tocarte, la boca se me seca cuando voy a hablar contigo, mis pasos siempre quieren ir a ti. ¿Por qué crees que es?

No soy capaz de decir nada después de lo que he escuchado. Simplemente, sin dejar de mirarlo a los ojos me quito el casco mientras una lágrima se derrama por mi mejilla y limpio con rapidez.

—Voy a cambiarme, Paul.

—Algún día te darás cuenta que al igual que el aleteo de una mariposa en el otro lado del mundo es suficiente para provocar un huracán, el sentimiento aparece sin un tiempo, espacio y persona determinados, pero es capaz de mover los cimientos de todo el universo con solo el latido de un corazón que se despierta después de mucho tiempo dormido, solo por alguien que puede que nunca sepa la magia que ha logrado crear. Yo no quiero que mis sentimientos queden en el olvido, por eso necesito que lo sepas – y después de dejarme sin palabras mientras derramaba una cascada por mi rostro, besó mi mejilla, rescatando entre sus labios algunas de mis lágrimas y fue él quien se marchó a cambiarse, dejándome en el centro del campo, mientras la nieve cubría mis pies, esos que ya flotaban.

Me fui a cambiar en cuanto mis piernas reaccionaron y cuando salí, con mi ropa, sin mono, botas y casco, él me esperaba en la entrada, apoyado en el capó del coche. No dije nada cuando se levantó de este y me abrió la puerta del copiloto.

Me senté y esperé a tenerlo al lado. Era el momento, debía decidir si tirarme a la piscina o quedarme mirando desde el trampolín. Y eso hice, me armé de valor mientras él arrancaba el coche y hablé.

—No quiero que me cambies de departamento, no quiero marcharme de tu lado, quiero conocerte y que me hagas sentir eso que tú sientes, que me hagas volar con tus alas, sentir tu corazón explotando en el pecho, vibrar con el sentir de tu voz, que se me erice la piel con cada una de tus caricias. Quiero sentir todo eso y mucho más.

Y entonces lo vi, vi su vulnerabilidad cuando empezó a llorar como un niño mientras la nieve nos envolvía. Acaricié su rostro y besé su mejilla. Jamás me hubiese imaginado encontrar a una persona tan especial en mi vida.

—Eres el mejor regalo de Navidad que me ha podido ofrecer el destino, Susan.

Volvíamos a su casa y vimos una película, ya que al día siguiente no teníamos que trabajar, era domingo y él me había prometido una comida de esas magníficas que hacía, y no iba a perdérmela, como tampoco me iba a perder su compañía.

Me levanté al día siguiente sola en mi cama. Paul me había traído a casa como buen caballero, obviamente, y yo tenía mil cosas que hacer. Me había dado su dirección y habíamos quedado a las nueve para cenar, así que me pasé la mañana limpiando el piso y la tarde comprando para poder comer.

Ahora mi casa parecía una casa normal, aunque no fuera mía. Mi casera estaría contenta de ver que la había dejado como una patena. Me preparé colocándome un vestido de manga larga ajustado en color negro.

Lo acompañé con unas medias y unas botas de esas que llevaban los bailarines de country, color camel. Por último, me ricé la melena y maquillé de la manera más natural que pude. Odiaba a la gente que se pintaba tan cargada que parecía un payaso.

Cogí un taxi y me fui directamente a su domicilio. Salía con más de media hora de antelación, pero es que no me apetecía estar en casa, ya que la dueña estaba con su amorcito dándose arrumacos y era vomitivo.

No por nada, sino porque tenía una manera muy desagradable de besar. Él le metía la mano hasta en el higadillo mientras ella lo besaba usando la lengua como si fuera una vaca y solo buscara chuparle la cara a lametones.

Pulsé el timbre una vez llegué y pagué la carrera. La puerta se abrió sin emitir sonido alguno. Subí al ático en el ascensor y esperé paciente tras golpear la puerta a que me abrieran.

La puerta se abrió y vi a un Paul sin el palo en el culo que solía en la oficina, llevando un trapo en las manos, parecía que se las estaba secando. Me dejó entrar apartándose a un lado antes de que entrara y cerrara la puerta.

—Bienvenida a mi humilde morada.

—Hombre, tanto como humilde... Es uno de los áticos más lujosos que he visto.

—Eso es porque no has visto tantos.

—Puede ser.

—Estás preciosa.

—No más que tú – llevaba unos tejanos que marcaban su trasero de una manera deliciosa y una camisa negra que marcaba hasta su carnet de identidad.

—Siéntate en el sofá, por favor. No sabía que vendrías tan pronto y todavía no he terminado de cocinar.

—Claro, perdóname por no haberte avisado, es que acabé antes y no me quería quedar en casa.

—No pasa nada. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua, por favor.

Me senté en el sofá a la espera de que la cena terminara mientras veía la televisión y él cocinaba. Le sugerí ayudarlo, pero no quería, solo que descansara en el sofá mientras él acababa.

Al final lo convencí para poner la mesa y eso hice, pude dejarlo todo perfecto mientras que la comida finalizaba. Había preparado un tartar de salmón y ensalada de entrante y de plato principal solomillo. El postre no me lo quiso decir, me dijo que era una sorpresa y que lo averiguaría al final.

Nos sentamos y Paul colocó la ensalada en el centro de la mesa y el tartar en nuestros respectivos platos. No dijimos nada, simplemente nos miramos a los ojos, en ocasiones eso era suficiente y esta era una de ellas.

Disfrutamos de una charla animada ente vino, una buena comida y compañía. No mentían en Internet, Paul era un excelente chef. Estaba todo delicioso, parecía que te metías en la boca un pedazo de cielo cada vez que degustabas uno de los bocados.

Cuando acabamos, llego la hora del postre. Yo estaba muy nerviosa, no sabía lo que tenía preparado y lo había ocultado muy bien entre tanto secretismo, y entonces lo trajo. Era una tarta de queso que me hacía babear. Él no lo sabía, pero era adicta a la tarta de queso, me volvía loca.

Me zampé más de la mitad de la tarta. Paul alucinaba y al final tuve que confesarle que era adicta a esas tartas y que, sin saberlo, había dado en la diana. Él, simplemente sonrió satisfecho y con un brillo especial en la mirada.

—Pues ahora ya sé que voy a prepararte todos los días de mi vida.

—Entonces tendré que ir al trabajo rodando.



—Tranquila, yo alquilo una grúa para llevarte.

—Serás...

—Soy, soy. Mucho.

—Me ha encantado la cena.

—Y a mí me encantas tú. ¿Qué te parece si mañana vamos a comer juntos y pasamos la tarde?

—Tienes cuatro reuniones por la tarde, lo sé porque llevo tu agenda, ¿recuerdas?

—Cancélas. No quiero perder una tarde por el maldito trabajo si la puedo pasar contigo.

—No quiero que el hecho de conocernos, si es que es eso lo que vamos a hacer, afecte tu trabajo. Prefiero que lo hagamos, poco a poco y que no nos afecte en el resto de los ámbitos, porque entonces nos sentiremos mal con nosotros mismos, o al menos me pasará a mí.

—Está bien.

—Debería volver a casa, es tarde y mañana hay que trabajar. No quiero quedarme dormida y que me eche mi jefe.

—No creo que tu jefe sea tan cabrón como para echarte, ahora que formas parte oficial de la plantilla.

—Te sorprendería lo cabrones que pueden ser los jefes.

—Está bien, te acompaño a la puerta.

—Gracias por la cena, ha estado todo delicioso. Me he puesto las botas.

—Me alegra que te haya gustado mi comida.

—No es lo único que me gusta – le guiñé el ojo antes de ponerme la chaqueta y colgarme el bolso.

Me giré para despedirme mientras mi mano sujetaba el manillar de la puerta y es entonces cuando su mano tomó mi cintura y me besó con una pasión arrolladora, mientras yo soltaba la manilla para enroscar mis brazos en su cuello y así profundizar el beso.

Sus manos se posaron en mi trasero y yo enredé mis piernas en su cintura para sentirlo por todo el cuerpo y en cada poro de mi piel. Dejé caer el bolso mientras Paul, me quitaba la chaqueta y bajaba uno de los tirantes de mi vestido.

Saqué su camisa de dentro del pantalón y tiro de ella, rasgándola, pero en ese momento era lo último que nos importaba. Me llevó en brazos a su habitación mientras nuestros labios, fusionados, no dejaban de alimentarse del otro.

Caímos en el colchón y entrelazamos nuestros dedos por encima de mi cabeza mientras sus labios recorrían mi cuello y sus dientes marcaban la piel de este, generando un remolino de sensaciones y explosiones difíciles de explicar.

—Te voy a hacer el amor hasta que nos tiemblen las entrañas.

No dije nada, no podía decir nada, porque su boca ya se había adueñado de nuevo de la mía. Le acabé de quitar la camisa mientras él se deshacía de mi vestido, que desaparecía entre sus dedos.

Después se fue, sin pleno aviso, despegándose de mi cuerpo, que ya lo extrañaba y se colocó frente a mí, mirándome a los ojos, mientras se quitaba los pantalones despacio y se desnudaba para mí, en todos los sentidos.

Admiré su belleza y lo contemplé, no con lascivia, sino con orgullo. Me levanté del colchón y me coloqué frente a él, para besar toda la carne expuesta que clamaba por ser calmada con un beso.

Él suspiraba, no sé si contenido por el deseo o por el sentimiento que reflejaba cada uno de esos besos. No dejé de mirarlo un solo momento y pude ver esa conexión que solo se ve una vez en la vida.

Y fue en ese preciso instante donde supe que era él, que siempre había sido él y que no importaba los obstáculos que nos encontráramos, que sabríamos sortearlos todos si estábamos juntos.

Beso mi espalda mientras me quitaba el sostén y yo lo acompañé quitándome la braguita antes de que nos tumbáramos de nuevo en el colchón para continuar acariciando nuestros cuerpos.

Se dedicó a prepararme con una dulzura fuera de lo común, acariciándome por completo mientras su lengua me degustaba con esmero y mi cuerpo se retorció por el placer que estaba experimentando.

Mis piernas se acomodaron en sus hombros mientras él me sostenía con las manos, para frenar ese temblor en mis piernas que empezaba allí, pero me recorría toda la espina dorsal hasta la punta de cada uno de mis cabellos.

Y cuando estoy a punto de derramarme en sus labios, presa de un placer inimaginable, se para mientras me sonrío, pero yo lo miro con la ceja alzada y algo cabreada por haber parado algo que podía haber sido memorable.

Y entonces entró en mi interior cuando vio que estaba más que dispuesta para él, pues fue una

sensación maravillosa y ambos nos movimos al son del baile más antiguo que había existido.

## CAPÍTULO 5: LLUVIA DE ESTRELLAS FUGACES



### *2 años atrás*

Aquel día nos habíamos quedado hasta tarde y, pese al frío, nos habíamos sentado en la terraza de su piso para ver las estrellas de la noche. El cielo cada vez se oscurecía más y más, dejando motas de luz por doquier.

Nos miramos enamorados y besé sus labios entre sonrisas y sorbos a la taza de chocolate caliente que habíamos preparado con mimo y nos quedamos allí, abrazándome él por la espalda.

Aquella era una noche especial, no estábamos ahí por estar. Habían anunciado una lluvia de estrellas fugaces y no nos la queríamos perder. Entonces ocurrió lo que con tantas ganas queríamos ver.

Las estrellas acabaron de aparecer en el firmamento y danzaron por este de un lado a otro, como si buscaran jugar al pillapilla, pero que jamás se atraparan. Miré a Paul y vi las estrellas en sus ojos.

Estaba segura de que, en cualquier momento de nuestra larga vida juntos, buscaría la manera, si es que nos convertíamos en estrellas, de atraparlo para que nos fusionáramos en una única luz que al chocar creara cientos de fuegos artificiales en el firmamento.

—Sabes Susan, este paisaje es hermoso e inigualable. Es algo que pasará mucho tiempo hasta que alguien vuelva a verlo, pero hay un paisaje más hermoso aún e inigualable y es ver tu rostro cada mañana al despertar, y tengo la suerte de ser la persona que puede disfrutar de ello siempre. Me

siento muy afortunado.

—Oh Paul, qué romántico te has vuelto, y eso que cuando te vi por primera vez en aquel despacho pensé que eras una roca con un palo en el culo.

—Tú me has sacado ese palo y me has hecho ser mejor de lo que jamás imaginé.

—Te quiero, cariño.

—Y yo, princesa. ¿Qué te parece si dejamos las estrellas y doramos las nubes que he comprado, en la chimenea?

—Me parece una excelente idea, pero deberíamos acabar de ver la lluvia de estrellas, ¿no?

—Ya ha acabado, cariño.

—Vaya, no me había dado cuenta.

Entramos en su comedor y nos acercamos a la chimenea. Había cogido algo de frío y me venía de fábula ponerme frente a ella, fuera con o sin nubes de algodón. Encendí mi teléfono y puse unos villancicos para que animaran la noche.

Paul trajo unas copas de vino poco después, que con las nubes iba a ser el cóctel perfecto para acabar la velada. Cogí la copa mientras se sentaba para que no acabara por los suelos y cuando ambos tuvimos el culo en la alfombra, lo miré con una sonrisa en los labios.

—Me gustaría que brindáramos por nosotros y porque nuestro amor brille siempre como esas estrellas que recorren en universo en un abrir y cerrar de ojos, esas que incluso brillan aquí cuando ya han expirado su último aliento.

—Por nuestro amor, porque una eternidad no le baste.

Brindamos y nos besamos para sellarlo antes de tomar el afrutado líquido, que saboreamos con delicadeza. Cogí uno de los palos que teníamos y ensarté uno de los algodones antes de meterlo en la chimenea.

Lo pasamos de lo lindo, bebiendo, tomando algodones, riendo, cantando villancicos, con miradas cómplices, caricias y besos, muchos besos. Me pasé la noche dándole de comer nubes de mi boca a la suya, como dos pájaros alimentándose.

Acaricié su pecho sobre la tela mientras nuestros labios se intercambiaban la golosina y lo besé con ganas, con un hambre voraz, mientras colaba mis manos sobre su torso y lo marcaba con mis uñas.

—Me encanta cuando te pones como una gatita.

—Soy y seré tu gatita.

—Pues yo seré el león que ahora mismo se va a comer a su gatita.

—Cómeme entera.

No hizo falta decir más, me quitó el camisón que usaba para casa, por la cabeza y se dedicó a besar cada centímetro de mi piel, empezando por mi rostro, pasando por mi cuello hasta llegar a mis pechos.

Los saboreó con ganas, como un niño famélico mientras yo me retorcí como una culebra bajo su cuerpo, que me inmovilizaba para que no pudiera escapar de esa deliciosa tortura a la que me

sometía.

Me tomó en brazos y me llevó a la habitación. Me colocó contra la pared, haciendo que las palmas de mis manos se quedaran contra ella y él entrelazara sus dedos con los míos, sobre la fría pared.

Los villancicos sonaban todavía en mi teléfono, pero no les hicimos caso, simplemente estábamos nosotros y solo existían nuestros cuerpos y esta habitación. Su lengua acarició mi columna y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Hasta que llegó a mi trasero y se dedicó a dejar en él, pequeños mordisquitos que me hicieron removerme de placer mientras jadeaba en silencio. Me giré y lo hice levantarse para besar sus labios mientras me quitaba la braguita.

Paul se quitó la camiseta mientras yo liberaba el botón de sus pantalones tejanos y bajaba su cremallera para después deshacerme de este y de su ropa interior. Ahora, desnudos y excitados, solo deseábamos estar sobre el cuerpo del otro.

Enredé mi mano en su corto pelo mientras volvíamos a besarnos y él acariciaba mi pierna derecha, subiéndola a la altura de su cintura con una mano mientras con la otra me preparaba, poco a poco, pellizcando mi clítoris mientras mordía mis pezones y metiendo de vez en cuando sus dedos en mi interior.

Estaba húmeda y más que preparada para que entrara en mi interior y así se lo hice saber con esas dos palabras que siempre usábamos para saber que ya no podíamos aguantar más sin estar unidos al otro.

—Por favor – supliqué.

—Sí, nena, sí.



Y entró en mí de manera inesperada y, aunque estaba más que preparada para él, me sorprendió con la fuerza que lo había hecho. Estaba acostumbrada a un Paul mucho más suave y cuidadoso y esta vez era todo un león, cosa que me encantaba.

Hicimos el amor como dos sementales, de pie, en la cama, en el suelo, incluso en la ducha. Estábamos sedientos del otro y no saciamos del todo nuestra sed hasta que el sol volvió a salir, dándonos la bienvenida a un nuevo día.

Me quedé frita, agotada por el esfuerzo y más que satisfecha, cuando volví a abrir los ojos, tenía una rosa blanca sobre la almohada con una nota. Sonreí mientras olía la rosa que Paul me había dejado y después cogí la nota.

*«Me he tenido que ir a trabajar cariño. Voy como un zombi, pero iría así mil veces si es por estar contigo. Tu jefe te ha dado el día libre, así que descansa, que eso no pasa muy a menudo. Te quiero. Paul».*

Me levanté y me di una ducha antes de desayunar y ponerme un poco decente, que llevaba unos pelos que parecía que por la noche me hubiera electrocutado metiendo los dedos en un enchufe.

Puse algo de música mientras limpiaba un poco el piso de Paul, ya que pasaba gran parte de los días aquí y me sentía algo culpable de que todo estuviera manga por hombro. Tenía alguien que venía a limpiarle, pero qué más daba.

Miré por la ventana y el invierno había llegado a Invernalía, porque hacía un frío que pelaba y los copos de nieve caían imponentes sobre el suelo ya plagado de un manto blanco. Parecía que había nevado toda la noche y no nos habíamos ni enterado.

Cogí mi móvil para hacer una foto y mandársela a Paul, pero se había quedado sin batería después de pasarse gran parte de la noche cantando villancicos que nadie escuchaba, ya que teníamos cosas más importantes que hacer.

Me fui a un spa. Lo necesitaba como el comer y hacía mucho tiempo que no me mimaba a mí misma. Vale que estaba muy relajada por lo de anoche, pero quería más, yo siempre quería más.

Llamé al que había en la esquina de la calle y tenían hueco, así que fui una vez dejé la casa un poco decente. Quería un masaje descontracturante y puede que me metiera un rato en la piscina de chorros, aunque debería comprarme allí un bañador, ya que no tenía en el piso de Paul, y pasaba de ir al mío a buscar uno.

Cuando llegué, las chicas ya me estaban esperando en la puerta. Ya las conocía desde hacía mucho tiempo e iba de manera regular, todo lo regular que me permitía mi trabajo, que era una vez al mes a lo sumo.

Lo primero que hice al entrar, aparte de pagar, fue informar de que no tenía ropa de baño, así que, muy amables ellas, me dejaron un bañador para que fuera a relajarme un poco a las piscinas de chorros, cosa que estaba deseando.

Me tiré hora y media como un pez en su pecera, disfrutando del agua caliente, que se agradecía en pleno invierno y los chorros iban masajeando mi cuerpo e iban recolocando la grasa.

Era uno de mis secretos mejor guardados. No es que fuera delgada precisamente, pero esos chorros me ayudaban a recolocar la grasa de maneras estratégicas para que siempre pareciera fibrada y moldeada.

Cuando pasó mi hora de “al agua pato”, salí de ahí y me sequé a la espera de que hubiera hueco para hacerme el masaje. Me quité el bañador, mojado, y me quedé con el albornoz. Tenía algo de frío, pero enseguida me hicieron pasar a una sala de espera con calefactor.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando en esa sala me encontré nada más y nada menos que a Mía, la ex pinocha de Paul. Ella me reconoció al instante, al igual que yo a ella. Me senté y ella se dirigió a mí en primera instancia.

—Hola, ¿tú eres la secretaria de Paul?

—No soy su secretaria, soy su mano derecha.

—Bueno, lo que sea.

—Tú eres su expareja y modelo de la agencia, ¿verdad?

—Nada de ex, monada.

—Bueno, como sea.

—Sabes, ya sé que Paul es muy buena gente y muy guapo y todo lo que tú quieras, pero es mío, así que no te acerques a él, que sé que le pones ojitos. ¿Te crees que no lo he visto? Te voy a estar vigilando.

—¿Pero si no me has visto nunca con Paul?

—Pero una mujer sabe esas cosas.

—Creo que alucinas, monada – me estaba empezando a calentar.

—Voy a convencerlo para que te eche, por deslenguada. A mí no puede decirme que no. Soy su ojito derecho.

—Pues que tengas suerte.

—Vamos a casarnos, ¿sabes? Lo tengo bien cazado, este no se me escapa.

—Me alegra, ahora si no te importa. He venido aquí a relajarme, así que... ¿Te importa irte un poquito a la mierda?

—¿Dónde está eso?

—Búscalo en Google, preciosa. Ahora entiendo por qué eres modelo...

Una de las chicas del spa vino a salvarme, porque si no, le habría arrancado los pocos pelos sin extensiones que le quedaban, sinceramente, no tenía paciencia ya para estas cosas.

Entré en la sala donde me indicaban y me di un masaje que fue como un bálsamo que lo calmó todo y me hizo salir de allí como una rosa. Parecía que en vez de caminar, flotara sobre nubes.

Cuando llegué a casa, pasadas las seis de la tarde, me encontré a Paul en casa con cara de cabreo y el teléfono en la mano. Colgó con un, “ahora te llamo” y me sonrió antes de besarme en los labios.

—Hola, cariño – lo saludé.

—Hola, mi niña. ¿Cómo ha ido tu día de fiesta?

—He ido al spa del final de la calle.

—Lo sé.

—¿Y eso?

—Me ha llamado Mía con otro de sus ataques. Parece que le han cambiado la medicación y está algo inestable.

—¿Y qué quería?

—Ha montado un pollo a lo novia celosa.

—También me lo ha montado a mí cuando estaba en el spa, donde hemos coincidido.

—Lo siento mucho, cariño. Bueno, puedes estar tranquila. Ya está todo controlado. Me ha llamado para echarte, pobrecilla.

—Me da pena, pobre. Sé que he perdido un poco los papeles con ella en el spa, pero es que lo que dice me saca de quicio.

—No lo dice en serio, cariño, es su cerebro quien la controla.

—Lo sé y por eso me siento mala persona.

—Tú no eres mala persona amor, no te preocupes. El jefazo, su pareja vamos, la va a llevar a una clínica a que la ayuden ahora que ha tenido este brote.

—Me alegro de ello, porque he estado a punto de arrancarle las extensiones – Paul empezó a reír de manera sonora y a mí me encantaba esa risa a lo orangután que tenía. Nada que ver con la de los príncipes de cuentos.

—¿Te apetece que vayamos a comprar un árbol y lo adornamos? Ya se acerca la fecha.

—Me encantaría.

—Pues vamos allá.

Nos encaminamos a la zona donde vendían abetos. Todos eran más o menos iguales, pero había uno que me llamaba la atención. No es que fuera especialmente grande, pero tenía algo especial.

Era el más destartalado, desplumado, como diría yo, supongo que por eso lo escogí, porque me imaginé que no lo elegiría nadie y se merecía pasar las Navidades en casa de una familia que lo quisiera.

Tras pagarlo, la idea era que lo lleváramos a rastras por la nieve hasta el apartamento, pero la verdad es que no es que tuviéramos mucha maña. Paul empezó a arrastrarlo por el tronco y acabó cayendo en la nieve entre risas.

Yo, al otro lado del árbol, sosteniendo la copa, lo dejé caer un momento para hacer bolas de nieve y tirárselas a un desvalido Paul, que se levantó y me tiró una en toda la cara. Y ahí empezó la guerra de bolas de nieve más encarnizada de la historia.

Acabé ganando yo, por supuesto, aunque tenía nieve hasta en la ropa interior, pero es que una cuando va a un spa se queda como nueva y yo tenía más flexibilidad que un chicle, pudiendo esquivar las bolas con más facilidad.

Al final nos tuvieron que rescatar un par de parisinos que pasaban por ahí con una camioneta y acercarnos a nosotros y al árbol a casa. Les agradecemos y subimos como pudimos el árbol a casa, suerte que había ascensor.

Empezamos a adornar el árbol con los detalles que ya tenía Paul en casa o que yo había comprado y cuando llegó el momento de poner la estrella, mi chico me alzó por la cintura hasta lo alto de la

copa del árbol, para que pudiera poner aquella luz que representaba nuestro amor, que brillaba como la luz de las estrellas.

Encendimos la chimenea, porque hacía bastante frío y nos dedicamos a comer durante toda la tarde chocolate caliente y mantecados, para no poder salir de casa y en el caso de hacerlo, salir rodando.

Fue una tarde maravillosa donde no importaba nada más que nosotros dos y nuestra complicidad y es que, en eso consiste la felicidad, en esos pequeños momentos y detalles que te llenan como nada más consigue. Y eso lo hace la magia del que te acompaña en la vida.

## CAPÍTULO 6: BOLAS Y HIELO



### *1 año atrás*

Ya hacía un año que habíamos iniciado una relación, una relación que no conocía nadie de la empresa, pues así lo habíamos decidido. Cada mañana íbamos en el mismo tren, al igual que algunos de los compañeros, y hacíamos como si casi no nos conociéramos.

Era nuestro juego, nuestras miradas cómplices lo decían todo, pero nadie era consciente de nada, definitivamente nos encantaba hacer el papel de dos desconocidos que realmente estaban hechos el uno para el otro.

Este año era especial. Por trabajo, el año anterior no habíamos podido celebrar juntos la Navidad, pero este año sería diferente. Nos habíamos pedido la fecha los dos y él había prometido no tener la cabeza en el trabajo.

Pese que había sido el mejor año de nuestras vidas, la mayor parte del tiempo se la pasaba trabajando o al teléfono y eso había ido minando nuestra relación, poco a poco y, aunque seguíamos muy enamorados, todo se había resentido un poco.

Este año tenía un regalo especial para él y mañana era el gran día. Le había comprado un Rolex, de los más baratos, con todos los ahorros que había conseguido reunir, pero es que él se merecía lo mejor y no quería usar su dinero para comprarle el regalo.

Le guiñé el ojo disimuladamente y él tosió para que nadie viera su risa. No tardamos mucho en



llegar a la oficina. Me senté en mi mesa, pero él no apareció en toda la mañana, era normal, la tenía plagada de reuniones.

Estaba enfrascada con un nuevo expediente. Se trataba de una empresa que pretendía vender anillos de lujo, pero no querían que se viera únicamente como un regalo para gente adinerada, sino que todo el mundo pudiera adquirirlos con unas prestaciones inigualables y con pagos a medida para cada uno de los clientes.

Había conseguido crear un efecto visual en el cual el propio anillo parecía una hucha para que la gente lo viera como una inversión y no como un despilfarro de dinero. Estaba enfrascada en ello como si me fuera la vida.

La puerta del despacho se abrió y entró una chica de lo más mona. No la había visto nunca en la oficina, por lo que supuse que no era una empleada. Sus ojos se pararon en mí y sonreí sin saber bien qué hacer.

No era habitual que nadie entrara en el despacho y menos sin llamar a la puerta. Esperé a que se presentara, aunque de no hacerlo le preguntaría yo misma.

—Hola, ¿está Paul? – ¿Paul? Qué confianzas con el señor Wilson.

—¿Usted es?

—Soy su novia, Wendy. ¿Por?

—¿Su novia? Eso no es posible.

—Me vas a decir tú si es posible o no.

—Pues lo siento, pero no está y no va a estar en todo el día, tiene muchos asuntos que atender y reuniones a las que acudir.

—Le puedes decir que Wendy ha venido a verlo.

—Bien, se lo diré. Que tenga buen día – la vi marcharse sin responder, la muy maleducada.

No entendía quién era esa mujer y por qué decía que era la novia de Paul, cuando en principio su pareja era yo. No sabía si todo esto era una broma pesada o realmente había gato encerrado y él estaba jugando con ambas.

Lo llamé para que me lo explicara, pero su teléfono móvil estaba apagado, así que supuse que estaba en medio de una reunión, ya que siempre lo apagaba antes de entrar. Cuando nos viéramos por la tarde se iba a enterar.

Le iba a hacer un interrogatorio que ni los del polígrafo de Sálvame. Me pasé la mañana asqueada a partir de ese momento y ya no di pie con bola en ninguno de los trabajos que me propuse.

Aquella noche no me cogió el teléfono y al día siguiente era Navidad. Los copos de nieve caían sobre mi cabeza cuando salí de la oficina y me dispuse a caminar hasta mi nuevo piso, ese que había alquilado con el dinero de la fiesta de uno de los clientes.

Me pasé la noche mirando películas románticas y comiendo helado mientras lloraba como una magdalena. No ayudaba mucho que estuviera con la menstruación. Pasé la peor noche de mi vida.

Al menos no tenía una casera que me pusiera cara de cordero degollado si me veía en esa tesitura, cosa que agradecí. Simplemente, dejé que todo pasara y que el sol brillara dando paso a un nuevo día.

A la mañana siguiente, llegué al despacho muy cabreada, tampoco parecía que Paul fuera a hacer

acto de presencia. Me centré en mi trabajo para hacer más llevadero el día y no pensar en nada más.

Cuando ya era hora de volver a casa, lo vi entrar por la puerta. Tenía cara de cansado, pero no podíamos posponer esta conversación, era ahora o nunca y yo era la que debía empezar, sobre todo, porque él no sabía que ella había venido y yo la había descubierto.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro cariño, dime.

—Ayer no estuviste localizable y por eso no pude hablar contigo. Es sobre algo que ocurrió y que necesito que me aclares.

—Por supuesto, dispara.

—Bueno, la cosa es que ayer vino tu novia.

—¿Tú?

—No, tu novia. La otra novia que supuestamente tienes y que ha venido a verte a tu despacho.

—Yo solo estoy contigo, Susan.

—Pues parece que Wendy no lo tiene del todo claro.

—¿Wendy?

—Sí, Wendy ha estado aquí.

—Ella no es mi novia, sino mi expareja.

—Pues ella no lo tiene tan claro.

—Está enferma.

—¿Y por eso no la has dejado?

—Yo la dejé en su momento cuando me engañó durante años con otra persona y me mentía día tras día negándome lo que era un secreto a voces. Me costó mucho recuperarme de ello.

—¿Ser infiel es una enfermedad?

—No, ella tiene el Síndrome de Pinocho o Mitomanía, parece sacado de una película, pero es la verdad. Es incapaz de decir la verdad, aunque quiera. Lo dejamos de mutuo acuerdo porque se enamoró de un amigo mío, bueno, examigo, con el que se acostaba.

—Vaya. Entonces, ¿por qué vino a buscarte?

—Ella es la modelo de la campaña de Eau de Femme, de Flour de Bleur. Supongo que vendría a buscarme para que le explicara lo que quería el cliente, pero, como siempre, mintió sobre quién era.

—Vale.

—Espero que después de esto estés más tranquila.

—Lo estoy. No quería que se perdiera todo lo que hemos conseguido, sobre todo hoy, que es Navidad.

—Nunca vamos a perder lo que tenemos, porque es tan bonito, tan mágico, tan especial, que es imposible que esto acabe nunca.

—Te quiero, Paul.

—Y yo, Susan.

—Nos vamos a casa y preparamos el árbol.

—Me acabas de leer el pensamiento, cariño.

Nos marchamos a casa en metro, ahora juntos, pues a esa hora no habían empleados que lo cogieran y cuando llegamos, tras comer unas pizzas que habíamos pedido, nos dedicamos a colocar el árbol en el salón de su casa.

Nos dedicamos a poner mil y una bolas, la estrella, las luces, decoraciones por todos lados e incluso un reno en la terraza, todo fuera por avivar ese espíritu navideño que se expandía como la pólvora por doquier.

—Ha quedado precioso.

—Es magnífico.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer, Paul?

—Dime.

—Me encantaría ir a patinar sobre hielo.

—Y a qué esperamos, tus deseos son órdenes para mí.

—Gracias.

—Tengo una pequeña sorpresa, un regalo adelantado. He pedido libre un par de semanas para dedicarme solo a ti y que el trabajo pase a un quinto plano. No quiero que nadie nos moleste. Sé que estos meses he estado muy ausente, que siempre estaba al teléfono y te he descuidado, pero te prometo que no volverá a pasar. Eres lo más importante y especial que tengo en mi vida, y estás por encima de todo.

—Gracias – corrí hacia donde se encontraba y lo abracé, besándolo como si se acabara el mundo -. Te amo, mi chico.

—Y yo a ti, mi chica.

—¿Nos vamos?

—Claro.

—¿En tren, como siempre?

—¿Quieres jugar a lo de siempre?

—Por supuesto, sabes que me encanta, pero antes, me apetece celebrar la Navidad metiendo tu árbol en mi regalo.

—Ahora quién es la salida.

—No, no, si yo hablo de entrada.

—Eres lo que no hay.

—Ven aquí, semental.

Tiré de su corbata y lo llevé como si fuera mi perrito a la habitación. Todo estaba en silencio y solo se escuchaban nuestras respiraciones acompasadas. Nuestros corazones latían juntos, porque él y yo éramos magia, siempre habíamos sido magia y siempre seríamos magia.

Hicimos el amor como siempre hacíamos, con ese deseo irremediable entremezclado con una pasión desenfrenada y una delicadeza que solo entienden dos personas que se aman infinitamente.

Una vez saciados, nos vestimos bien abrigados. Fuera hacía un frío que pelaba, no tanto como el invierno anterior donde la nieve nos cubría los pies, como en el campo de paintball, pero había bastante.

La mitad de mi armario estaba en su piso, pero aún no me había decidido a mudarme con Paul, aunque me lo había pedido. Perder esa independencia ahora que la había conseguido era como perder una parte de mí.

Nos colocamos las botas de agua y unos chándales la mar de monos y salimos a patinar sobre hielo. Nos subimos al tren, como hacíamos siempre. Teníamos coche, pero nos gustaba ir en metro, era como recordar cómo nos conocimos.

Y eso hicimos, compramos el billete y nos subimos en el primero que viajaba en dirección a nuestro destino. Estaba emocionada, me apetecía mucho patinar, se había convertido en una de mis aficiones preferidas.

Nos sentamos uno a cada extremo del vagón, él a la izquierda y yo a la derecha. Nos miramos aguantando la risa y nos dedicamos miradas de cariño, ternura y en ocasiones lujuria mientras los demás nos miraban sin entender qué era lo que había entre nosotros, y quizá imaginándose historias de nosotros que solo suceden en las novelas, o quizá no.

Y entonces ocurrió, sentimos un zarandeo y una bomba explosiva que nos arrastró por el suelo mientras una ola de humo y llamas se adueñaba del aire que respirábamos, inundando el techo e intoxicándonos despacio.

Me dolía mucho la pierna, demasiado y cuando desvié la mirada vi un cristal enorme clavado en ella. Me armé de valor y conseguí a duras penas, y desgarrando la carne de mis manos, deshacerme de él.

Todos a mi alrededor estaban inertes, algunos tosían, otros gritaban presas del pánico y entre todo el gentío yo solo buscaba a Paul por todos lados, pero no lo encontraba. Mi mente se nublaba, al igual que mi visión.

Y entonces lo vi, en el suelo, mirándome desesperado sin poder emitir sonido alguno, como yo intentaba hacer sin resultado, pudiendo solo toser a causa del humo que quemaba los pulmones como si quisiera estrangularlos hasta llevarlos a la combustión.

—Paul – conseguí susurrar mientras me arrastraba entre la gente, esquivándola, hasta donde se encontraba.

Había caído de morros contra el suelo y tenía clavado un trozo de barra de hierro en la espalda, a la altura de la columna vertebral. Las lágrimas se derramaron por mi mejilla y todo se volvía cada



vez más borroso.

Él me miraba con los ojos anegados por las lágrimas, no podía moverse o eso parecía. Por Dios, ¿por qué nos había pasado esto? Tenía que ser una jodida pesadilla. Esto no podía ser el final. Nos quedaba tanto por vivir...

Llegué a su altura, lo más cerca posible teniendo en cuenta todos los cuerpos sin vida que yacían a nuestro alrededor y estiré mi mano todo lo posible para llegar a él, pero no era suficiente.

—Paul, por favor, no te vayas, quédate conmigo.

—Susan...

—Sabes, no te lo había dicho porque esperaba a media noche, para que fuera uno de tus regalos de Navidad, pero vas a ser papá. Todavía es muy pronto, pero estoy segura de que va a ser un niño precioso y tú vas a ser el mejor padre del mundo.

—Padre...

—No hables, mi amor, no hables.

—Tú, sangre...

—No te preocupes, estoy bien. Necesito que tú estés bien.

—Te amo, Susan, siempre – me dijo en un susurro. Cada vez le costaba más hablar, nos costaba más respirar.

—Te amo, Paul, siempre – le dije antes de que él extendiera su mano con una fuerza que no sabía que tuviera y nuestros dedos se rozaron una última vez antes de que el techo se nos viniera encima y la oscuridad se adueñara de todo.

## CAPÍTULO 7: MUÉRDAGO



### *Actualidad*

Abro los ojos sin saber bien dónde estoy. Solo veo paredes blancas, techo blanco con focos incómodos, estoy cubierta de tubos, máquinas y pitidos y a saber qué cosas más. Me duele la cabeza y mi vista sigue borrosa.

¿Qué demonios pasó? ¿Por qué hay muérdago por todas partes?

Intento mover cada parte de mi cuerpo, pero no responde. No sé qué hacer, solo pienso en Paul. ¿Qué le habrá pasado? ¿Dónde estará? Nada de esto tiene sentido y empiezo a desesperarme.

La puerta de la habitación se abre, lo sé porque la he oído, aunque mis ojos han vuelto a cerrarse de manera inconsciente, apenas puedo mantenerlos abiertos. La puerta se cierra de nuevo y siento una presencia a mi lado. ¿Será Paul?

Busco todas las fuerzas que todavía me quedan y consigo abrir los ojos para descubrir que no es Paul, sino una mujer que no conozco y que lleva una bata blanca. ¿Necesito saber dónde y cómo está Paul? Por favor...

—Has despertado, bella durmiente. Ya empezábamos a preocuparnos, pensamos que no lo harías nunca.

No puedo hablar, hay algo en mi boca que me lo impide. Me imagino, usando la poca razón que me queda, que estoy en el hospital a juzgar por la bata blanca de la mujer. Necesito que me quite esto para poder hablar.

Parece que lo entiende, como si en mis ojos leyera lo que mis labios no pueden decir, y me quita una especie de tubo que tengo en la garganta para que pueda decir lo que segundos antes no podía.

—¿Cómo te encuentras, Susan?

—Paul, ¿dónde está Paul?

—Ahora no debes preocuparte por eso, es necesario que descanses para que te recuperes completamente.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Paul? ¿Cómo está? Necesito respuestas – digo con mi francés de poca monta.

—Había una bomba en el vagón contiguo. Fue un atentado. La bomba estalló y el vagón donde residía fue completamente arrasado. Todo el mundo murió en el acto, pero vosotros, que estabais en el vagón continuo recibisteis la explosión de manera indirecta, sufriendo indirectamente las consecuencias. En tu caso perdiste mucha sangre por el descaro de la pierna y de las manos. Hemos tenido que reconstruir un par de tendones. Después os cayó el techo del vagón encima y os dejó inconsciente. Él llegó inconsciente con una viga de hierro del techo del vagón que le perforaba la espina dorsal. No pudimos reconstruirla para que recuperara la movilidad.

—¿Y dónde está ahora?

—Está en su casa, así lo han decidido sus padres.

—¿Desde cuando sus padres deciden por él?

—Él no podía decidir por sí mismo, así que los responsables de su vida eran sus padres. Aunque hubieses estado despierta, no podías ser tú la que decidiera, no tenéis parentesco directo o sois matrimonio.

—Pero es el padre de mi bebé. ¿Él está bien?

—Lo está, pero no es él, es ella. Ya queda muy poco, apenas unas semanas. Pensé que tendríamos que asistirte en el parto estando tú aún en coma.

—¿Cuánto tiempo llevo en coma?

—Siete meses, el golpe de la cabeza lo provocó y ha sido mejor así, de no haberse provocado, hubieses tenido lesiones cerebrales irreparables. Bueno, la verdad es que me extraña que no las tengas.

—¿Y ella está sana? ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes.

—Menos mal. Quiero salir de aquí, quiero ver a Paul.

—No puedes salir del hospital hasta que nazca el bebé, es por el bien de ambos. Tus constantes son estables, pero no podemos arriesgarnos. Si te mueves de aquí, puedes perder al bebé.

—No quiero que le pase nada.

—No le va a pasar nada. Podemos pedir que te manden alguna foto de Paul, una videollamada, no sé, algo que te deje más tranquila.

—Sí, eso estaría bien. Necesito saber cómo está.

—Solo sé que está estable, pero sigue en coma, como estabas tú hasta hoy. Aunque él no tendrá tanta suerte. No volverá a andar.

—No me importa – lloro sin poder evitarlo –. Yo lo cuidaré, los cuidaré a ambos. A él, y a mi pequeña. Haré todo lo que haga falta.

—No es tan sencillo. No debería decirte esto, pero escuché a la familia decir que tú eras la culpable. Que tú lo habías subido a ese tren y que por ti se encontraba en este estado.

—Es cierto, se me antojó ir a patinar sobre hielo. Si no hubiesemos ido, si no hubiesemos cogido ese tren.

—Tú no eres culpable de nada, Susan, que te quede claro. Tú no pusiste esa bomba. ¿Cómo ibas a saber que eso iba a ocurrir? No debes culparte por algo que no podías controlar.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Bella, encantada.

—Lo mismo digo.

Necesito saber dónde está Paul, cómo está, si puedo verlo, si puedo salir de aquí, pero la enfermera me sienta en una de las sillas de ruedas y me lleva a una especie de tubo para hacerme un escáner o prueba.

Me comenta que es para saber si tengo algún tipo de lesión cerebral, pero finalmente, después de

ciento y una pruebas, acaban decidiendo que no he sufrido ninguna lesión grave y que estoy bien, aunque no me dejan salir, por más que suplico, porque el embarazo es de riesgo, porque inspiré mucho humo, porque me golpeé el vientre, y porque aunque el bebé no haya sufrido daños, me quieren controlada y saben que en casa estoy sola.

Llamo a la empresa desde una de las cabinas del hospital, pero nadie sabe nada sobre Paul, ni siquiera el jefe supremo, que ni siquiera sé cómo se llama. Nadie me daba información, estaba encerrada y desesperada.

Pero no podía hacer tonterías ni alterar mi estado. Ahora había una personita que dependía de mí. Había sido realmente una sorpresa. Tenía una parte de Paul dentro de mí y lucharía con uñas y dientes por ella.

Bella es un sol, me viene a ver todos los días, se preocupa por mí, me trae algún que otro regalito, sobre todo chocolate, porque tengo antojos, y me da conversación y compañía, que en este momento es lo que más necesito para no pensar en él, en mi Paul.

Hasta que hoy, me he levantado con mucho dolor abdominal y cuando he levantado, presa del dolor, he visto que un charco de sangre inundaba la cama. Me he quedado paralizada hasta que, volviendo en mí, he pulsado el botón rojo, el botón de ayuda.

Estoy llorando, lo sé, porque las lágrimas caen en las sábanas como si lloviera dentro de la habitación. No puedo perder a mi bebé, sería como perderlos a ambos y sin ellos la vida no tiene sentido.

Bella llega junto con otra enfermera y cuando ven lo que ocurre, corren en busca del médico. Cuando vuelven, una de ellas trae un ecógrafo y la otra toallas y un barreño con agua, a lo tercermundista.

La compañera de Bella me limpia como puede con las toallas y el agua mientras que el doctor me pasa el ecógrafo para ver si el bebé está bien y yo lloro desesperada rezando, aun siendo atea,

para que no le haya pasado nada.

—¿Qué ha ocurrido, Susan? – me pregunta Bella.

—No lo sé, estaba acostada, a punto de dormirme, pero me dolía mucho la barriga, hasta que el dolor me ha hecho sentarme en la cama, encender la luz y entonces he visto la sangre. En seguida he pulsado el botón rojo. Por favor, díganme si está bien, sálvenlo.

—De momento, ha habido un derrame causado por una infección del cuello uterino, pero el bebé está bien, no se preocupe, parece que quiere aferrarse a la vida. Las pérdidas a menos de cuatro meses suelen acabar mal. Le daremos medicación para que esa infección remita y la tendremos muy controlada.

—¿Entonces de verdad que está todo bien?

—De momento sí, hay que ser prudentes. Reposo absoluto. Se va a quedar un tiempo aquí con nosotros, señorita Jones.

—Está bien. Gracias doctor, haré todo lo que me pidan.

—Bien, queremos que esté tranquila, su bebé está bien.

—¿Y Paul? ¿Cómo está Paul?

—Susan, ya hemos hablado de ello – me dice Bella, mientras la otra enfermera y el médico se marchan.

Me levanto de la cama para que pueda cambiarme las sábanas y después vuelvo a tumbarme. La verdad es que estoy cansada, necesito descansar, pero quiero saber, estoy nerviosa.



No obtengo respuestas. Es normal, la pobre Bella no sabe nada y la estoy presionando demasiado. Soy una persona horrible. Le pido que me deje su teléfono para llamar al teléfono fijo de Paul, es mi última opción.

Me deja el teléfono y tras marcar, me lo llevo a la oreja a la espera de que alguien, en el otro lado, conteste por fin y pueda resolver mis incógnitas. Primer tono, nada. Segundo tono, nada. Tercer tono, nada.

Y en el cuarto tono alguien responde a la llamada.

—¿Diga? – es un hombre.

—¿Hola? Soy Susan Jones, la pareja de Paul Wilson. ¿Quién es usted?

—Soy el padre de Paul y no tengo conocimiento de que tenga una novia, ni que esta se llame Susan Jones.

—Bueno, eso es lo de menos. Por favor, solo quiero saber si está bien.

—Está estable, aunque sigue en coma. Está controlado en nuestra casa.

—¿Puedo verlo?

—Mire, señorita, pase que le dé información básica porque se preocupa por mi hijo, pero no la conozco y no voy a dejar que vea a mi hijo en su estado. ¿Acaso no será usted periodista?

—De veras que no. Trabajo en Icon.

—Ahora es su empleada, hace un momento su novia. Raro...

—Soy ambas cosas.

—Pues para mí no es nada, así que no nos moleste más. Que tenga buen día – escucho colgar al padre de Paul al otro lado de la línea.

Y así es como empieza mi historia, no por el principio, sino por el final.

## CAPÍTULO 8: FUEGO Y BRASAS



—Ya viene, enfermera Bella, ya viene.

—Pero todavía faltan tres días.

—¿Qué quieres? ¿Qué la aguante dentro tres días para que sea de tu agrado? Si te digo que vienes, es porque viene.

—Bien, avisaré al médico y a la comadrona, tú no te alteres.

—Pero si la que está alterada eres tú. Necesito algo para el dolor, por favor.

—Voy, voy. Ya viene la pequeña Paula, ya viene.

Había decidido que mi niña se llamaría Paula, en honor a Paul, que todavía se encontraba en coma. Había conseguido una foto, pero nada más, pero no me daría por vencida, volvería con el amor de mi vida costase lo que costase.

Me llevan a la zona de paritorios y me meten en una de las salas. Me duele, me duele enormemente, pero lo que más me duele es que Paul no esté conmigo para vivir este momento tan especial y maravilloso.

Tras revisar mi dilatación y pincharme la epidural, todo se vuelve mucho más sosegado, la verdad

es que me siento mucho mejor, solo quiero que se mitigue un poco el dolor, y cuando lo consigo, me relajo e intento respirar como me indican.

Llega la hora de apretar, y apretar, y apretar. Tengo miedo a que se me escape algo del asterisco, no lo voy a negar. No les ha dado tiempo de hacerme una lavativa y tengo miedo a apretar demasiado y que salga algo que no sea la niña.

Y entonces sale, como si hubiese descorchado una botella de cava y algo llora como si no hubiera un mañana. Me la dejan en los brazos y la admiro. Es simplemente preciosa. La voy a querer, proteger y cuidar toda la vida.

La beso por toda la carita mientras ella busca desesperadamente engancharse a mi pecho cubierto por la tela. Parece que tiene hambre y por un momento me siento un saco de leche con patas.

Dos meses después volví a casa, no pude antes por el tema de la cabeza, tenían miedo de que me pasara algo, sobre todo, sola y con la niña. No tenía a nadie y tampoco había hecho amigos, lo suficientemente cercanos como para pedirles ayuda, así que me tocaba comérmelo todo yo sola.

Dejo a Paula sobre la cama mientras me cambio de ropa. Necesito darme una ducha, pero no puedo dejarla sola. Le coloco un sinfín de cojines para poder quedarme más tranquila y cuando ya me quedo tranquila me doy una ducha rápida.

Todavía estoy dolorida, pero más me duele no poder ver a Paul, que el dolor físico que siento. Vuelvo con Paula cuando termino mi baño, no ha sido largo como me gustaría, pero es que no puedo dejarla sola.

Aprovecho la tarde para comprar una cuna, ropa, pañales y de más cosas por Internet para que me lleguen esta misma tarde y que la princesa de la casa pueda dormir en su cama nueva.

Cojo el teléfono y empiezo a ver fotos de Paul y las lágrimas se derraman por mis ojos. Lo

necesito como el respirar y el hecho de que no me dejen verlo, sobre todo en el estado en el que está, es una tortura.

Trato de llamarlo, pero su teléfono está apagado, así que intento centrarme en la pequeña para no pensar. Lo único que me consuela es que estará atendido por los mejores médicos, sus padres habrán aprovechado su dinero para darle la mejor asistencia en casa.

He conseguido dormir a Paula, que descansa conmigo en el sofá, junto a la chimenea de mi piso, mientras el fuego y las brasas nos mantienen calientes a ambas y entonces la escucho, una voz a mi espalda me llama con apenas un susurro.

Diferenciaría esa voz en cualquier momento y lugar del mundo. Me giro con una sonrisa en los labios y lo veo. No puede ser posible, es mi ángel, el amor de mi vida, mi Paul. Corro a abrazarlo, pero me detiene.

—Por favor, no, no me toques. Estoy demasiado débil y dolorido. Cualquier roce me haría volver al infierno.

Y me freno ante lo que me dice mientras ríos de agua salada inundan mi rostro a causa de la sorpresa y felicidad que siento en este momento. Quiero preguntarle tantas cosas. Quiero besarlo, quiero fusionarlo conmigo para que no se vuelva a escapar.

—No sabes lo que te he extrañado Susan, estaba tan preocupado por ti...

—No más que yo. Intenté ir a verte, pero tus padres no me dejaron. Para ellos no era nada y no querían darle información a una extraña, ni cuando les demostré que era tu pareja desde hacía más de un año. Lo he pasado tan mal, he sentido tanto miedo de perderte...

—No me perderás nunca, siempre estaré contigo.

—Alguien quiere conocerte Paul, es una personita muy especial – le digo limpiándome las lágrimas, mucho más tranquila ahora que lo veo sano, despierto, vivo.

—¿Es nuestra pequeña? -asiento mientras la tomo del sofá y se la acerco para que la vea – Se llama Paula, en tu honor.

—Es simplemente perfecta. Se parece a su madre.

—Y a su padre.

—¿Cómo estás, mi amor? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy dolorida por el parto, pero por lo demás estoy bien. Eras tú el que me tenías preocupado.

—¿Qué pasó?

—Fue un atentado. Alguien puso una bomba en el tren, Paul. Suerte que fue en el vagón contiguo, porque si hubiese sido en el nuestro, no lo habríamos contado.

—Joder...

—Sí, lo último que recuerdo hasta que desperté es que se nos cayó el techo del vagón.

—Yo no podía moverme. Tenía algo clavado en la espalda. No sentía las piernas ni los brazos.

—La enfermera me dijo que no volverías a andar. ¿Cómo es posible que estés de pie? ¿Acaso el dinero lo puede todo?

—No te preocupes por eso ahora, mi amor, lo importante es que estamos aquí, que estamos juntos y eso es lo único que importa.

—Sí y no puedo estar más feliz. No me imaginaba una vida sin ti, estaba perdida, muerta por dentro, pero ahora vuelvo a ver la luz, tu luz.

—Te quiero, Susan.

—Y yo a ti, Paul. ¿Te sientas en el sofá con nosotras? Estamos esperando a que llegue la cuna de Paula, ropita, pañales... Bueno, quizá prefieras descansar un poco en la cama.

—Nada me haría más feliz que estar con mis dos mujeres en el sofá al calor de la chimenea.

—Genial. Ahora está dormida, porque acaba de comer, pero pronto despertará y así conocerá a su padre. ¿Quieres cogerla?

—Mejor no, todavía estoy muy débil y no quiero que los brazos me flaqueen y se me caiga.

—Está bien. Cuando te recuperes podrás hacer todo lo que las fuerzas no te dejan ahora y coger a la peque – él me sonrío y yo me tomo eso como un sí.

Quiero besarlo, tomar su mano, abrazarlo, pero temo dañarlo, así que me contengo y simplemente acuno a Paula, hasta que llega el repartidor con el pedido que he hecho. Dejo un momento a la pequeña en el sofá rodeada de cojines ante la atenta mirada de Paul y recojo los paquetes.

Empiezo a montar la cuna, que es lo que más nos urge ante la atenta mirada de Paul. Siento que no pueda ayudarme en esto, la verdad es que me vendría bien su destreza y además pasar tiempo juntos, haciendo cosas de pareja.

Me dediqué a montar la cuna mientras él me contaba con qué había soñado durante el tiempo que había estado con coma. Todo volvía a su lugar, por fin estábamos de nuevo bien.

—Sabes, pese a todo lo que ha pasado, siempre me quedó la espinita de no llevarte a patinar sobre hielo. Puede que sea un comentario fuera de lugar, sobre todo, por lo que pasó a causa de querer ir, pero...

—Me encantaría ir contigo.

—Te he querido pedir perdón tantas veces. Me siento responsable porque fui yo quien quiso ir a patinar y por ello cogimos el tren.

—No es culpa tuya, no quiero que te atormentes por ello.

—Gracias, mi amor. Eres el hombre más maravilloso que he conocido, Paul.

—No más que tú, además de las más eficientes, has montado la cuna en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué te parece si abrimos la ropa de la pequeña?

—Sí, pero antes tengo que cambiarla, se ha hecho un pastelito de chocolate, lo huelo desde aquí. ¿Quieres hacerlo tú?

—No, mejor hazlo tú, yo te miro, y así luego me enseñas los conjuntos que le has comprado.

—Vale.

Me pongo una pinza de tender la ropa y unos guantes. Que empiece la guerra. Abro el pañal y me encuentro minas antipersona, las arcadas empiezan, pero tengo que empezar a acostumbrarme, es mi hija, por amor de Dios.



Paul no deja de reírse y eso hace que lo exagere un poco todo, porque adoro su sonrisa. Pasamos una tarde maravillosa viendo los vestidos, cuidando de nuestra hija y hablando. Teníamos tanto de qué hablar...

Me contó que quería alejarse de sus padres, no eran una buena influencia. Me pidió quedarse en mi piso y eso no pudo hacerme más feliz, quería tenerlo a mi lado todo el tiempo posible después de haber pasado casi un año sin poder estar con él, sin verlo, sin sentir el latido de tu corazón.

No cenamos, la verdad es que tenemos el estómago cerrado y la niña nos ha dejado sin fuerzas, sobre todo a mí, y es que el trabajo de madre primeriza después de todo el día te deja exhausta.

—Susan, sé que he vuelto, pero tendré que desaparecer a ratos. No es nada malo, simplemente que ya sabes, necesito recuperar fuerzas y eso lleva trabajo, necesito gente especializada que pueda ayudarme. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí, mi amor. ¿Quieres que te acompañe a rehabilitación?

—No, tú debes quedarte aquí con nuestra pequeña. La mitad de mi dinero lo ingresé en tu cuenta y la otra mitad en la de mis padres, así que no tienes que preocuparte por nada, tenemos dinero suficiente incluso para la universidad de Paula. Lo único que quiero es que seáis felices. Si es necesario podemos vender mi piso y el coche. Todo es tuyo.

—Nuestro.

—Sí, nuestro.

—¿Nos vamos a la cama? Parece que la peque nos está dando una tregua y me encantaría dormir un par de horas antes de que se despierte con ganas de guerra o con hambre.

—Sí, será lo mejor.

Y los dos nos fuimos al dormitorio, donde dormía plácidamente Paula y yo caí redonda, cogiendo la mano, quizá algo más fría de lo normal, de mi amado Paul, aquella estrella fugaz que alumbraba cada uno de mis días.

Tras pasar una noche de lo más ajetreada, sobre todo porque Paula había pasado una noche muy mala por los cólicos, abro los ojos y extendiendo la mano en busca de Paul, mientras miro a mi angelito endemoniado.

Espero que en los próximos días me dé un poco de tregua, porque si no lo llevo crudo. Paul no está, no siento nada a mi lado. Me imagino que se habrá marchado a eso de la rehabilitación.

Aprovecho para desayunar y darme una rápida ducha mientras aún duerme mi bolita de nieve, también conocida como Paula. Y al fin empieza a llorar, rompiendo la bola de cristal de esta dulce Navidad que empezó amarga.

Puede que aún no sea Navidad, pero falta poco y este año voy a conseguir algo original para Paul. Cojo a mi pequeña y la alimento antes de recoger el correo. Hay cientos de cartas de particulares, tantas que parece que el buzón va a explotar.

Abro la primera como puedo para saber qué es lo que pasa y cuando abro la primera carta y leo el texto entiendo que son de todos los conocidos y allegados de la empresa, pues son los únicos que tienen mi dirección.

*«Siento mucho lo sucedido Susan, para lo que necesites, que sepas que puedes contar conmigo. John».*

Las miré todas y en cada una de ellas había un mensaje parecido. Me imagino que todos estaban apenados de que la novata hubiese tenido un accidente con el jefe. Si mi buzón estaba así, no me

quería imaginar cómo estaría el de Paul.

Vuelvo dentro y me siento en el sofá para buscar por Internet más cosas que mi bolita de nieve necesita, pero hay cosas que Internet no te puede dar, como salir al aire libre y disfrutar de un ambiente distinto a estas cuatro paredes.

Todavía no estoy recuperada del todo, pero necesito salir, en casa me siento encerrada, agobiada y enjaulada. Abrigo a mi pequeña con su ropa nueva y una manta que calentaría hasta un iceberg y me preparo yo también para salir a la calle.

Noviembre está tocando a su fin, pero el ayuntamiento ya ha puesto las luces de Navidad. Cada vez se dan más prisa. Paula y yo caminamos por la calle. Todo es nuevo para mí, parece que haya pasado una vida desde la última vez que vi el mundo.

Me paso por las diferentes tiendas de la zona para encargarme cosas, comprar otras, hasta que llego a una tienda de antigüedades. Sé exactamente lo que quiero comprarle a Paul, pero necesito comprarlo con tiempo.

—Buenos días señorita, ¿qué desea?

—Pues estoy buscando un reloj de mano que pueda grabar una imagen en el interior del mismo.

—Bien, primero le enseñaré los que tenemos en venta y después veremos los que pueden grabarse y cuanto costaría con el grabado, ¿le parece?

—Me parece perfecto.

—Oh, qué bonita. ¿Cuánto tiempo tiene? – dice, refiriéndose a Paula.

—Muchas gracias. Tiene un par de meses.

—Es preciosa. Enhorabuena.

—Muchísimas gracias.

—Bueno, sobre su reloj, si quiere grabarlo, tendrá que tener una buena superficie, por lo que buscamos un reloj un poco más grande que la media.

—Exacto.

—Solo tengo dos con un tamaño considerable que se ajusta a lo que está usted buscando.

—Excelente. ¿Me los podría enseñar?

—Para eso estamos.

Me enseña un par de modelos, a cuál más bonito, pero cuando me los abre, estoy más que segura de cuál es el que quiero. Podría grabar en la parte externa del reloj un “te quiero” y en la parte interna lo que tenía pensado.

—¿Cree que podría grabar esta imagen en la cara interna de la tapa del reloj y un “te amamos” en la externa? Bueno, en el caso de que haga usted grabados, claro.

—Claro que los hacemos, señora. No habrá problema.

Convenimos el precio y salgo de allí con una sonrisa en los labios. Paul para mí, junto con mi hija lo es todo y este regalo es muy especial. Quiero que nos lleve siempre con él para que sepa que

tiene a las personas que más lo aman.

Puede que para la mayoría sea una tontería, pero para mí es muy importante que mi pareja sepa lo mucho que la quiero y que, cuando estemos lejos, me vea en cada detalle, en cada palabra, en cada latido.

Compro algo para comer, sobre todo porque tengo que comer y mi nevera tirita de lo vacía que está. Le compro a mi pequeña un carro y una pequeña cuna balancín de viaje.

Poco a poco, voy completando un poco las cosas que necesita la pequeña Paula. Echo de menos a Paul. Lo llamo, pero no me coge el teléfono. Me imagino que en su terapia o rehabilitación no le permitirán usar el móvil.

La verdad es que lo necesito más que nunca, sobre todo ahora con la niña y me siento egoísta al pensar que debería estar con nosotras, ayudándome y me falta a la hora de cuidar y criar a nuestra hija.

Estoy muy cansada y me estoy ocupando de todo sola. Sé que no puedo reprocharle nada, pero el accidente lo tuvimos los dos, las secuelas las tuvimos los dos, en mi caso una pequeña cogera, apenas notoria, en su caso su dolor corporal.

Volvemos a casa y coloco a mi pequeña en su nueva cuna balancín para sacar del almacén que tengo en el piso, también llamado, habitación de los trastos, el árbol de Navidad para colocarlo en el comedor.

No coloco los adornos porque quiero hacerlo cuando vuelva Paul, al igual que quiero ir a patinar con él y a hacer mil y una cosas a su lado. Quiero que volvamos a hacer cosas de pareja y que seamos una familia.

Me hago algo de comer mientras le saco los gases a la pequeña, que ya se queja y empieza a

llorar. Poco a poco, voy aprendiendo cosas de ella y la entiendo aunque no me diga nada. La beso y acaricio su naricita con la mía y la veo sonreír por primera vez.

Es preciosa, se parece a su padre, pero la mayor parte la ha sacado de mí. Tiene los ojos verdes, como su madre, pero el pelo lo ha sacado de su padre, esa melena morena en la que van apareciendo, poco a poco caracolitos.

La quiero más que a nada en este mundo. Si me preguntaran quién es el amor de mi vida, diría que es ella, porque una cosa es el amor de mi corazón, que puede marchitarse con el tiempo o ser eterno, pero un hijo es un amor para toda la vida, forma parte de ti, ha salido de tus entrañas y, por ende, no puede haber mejor amor que ese y más íntimo y especial. Yo por Paula, lo siento todo, todo.

Cuando llega el momento me hago un par de sandwich para salir del paso y pronto me meto en la cama. Estoy tan cansada siempre que rozar las sábanas es la sensación más placentera que puedo sentir, es mi único orgasmo en la actualidad.

Paul, ¿dónde estás? Necesito que vuelvas con tu familia.

## CAPÍTULO 9: GALLETAS Y ADORNOS



Han pasado tres semanas desde que vi por primera y última vez a Paul. No sé si está en rehabilitación, si se ha marchado porque siente un gran agobio por el accidente y Paula. No sé por qué nos ha abandonado cuando más lo necesitábamos.

Son las cuatro de la mañana cuando alimento a Paula, que se duerme de nuevo. La verdad es que últimamente se porta mucho mejor y eso hace que yo pueda descansar más. Solo reclama atenciones para comer, pero el resto del día se comporta como un ángel.

Eso me da mucho más tiempo para poder hacer las cosas de casa mientras ella descansa en su balancín mirando los muñecos que le he comprado o se queda embobada con el móvil de ositos que le compré.

Todavía no he decorado el árbol, ya que, ingenua de mí, todavía espero a que Paul vuelva y lo podamos hacer juntos, aunque mi cabeza ya empieza a entender que eso nunca sucederá.

Me vuelvo a dormir, porque todavía es demasiado pronto y cuando vuelvo a abrir los ojos hay alguien oliendo mi pelo. Es un aroma que conozco a la perfección. No puede ser, por fin ha vuelto.

No debo parecer desesperada, me merezco muchas explicaciones y me hago la dura. Necesito saberlo todo, porque dejarme sola cuando más lo necesitaba es algo que me va a costar perdonar.

—Paul, ¿dónde has estado?

—He tenido que marcharme, como te dije. Por fin me han dejado volver y lo primero que he hecho es aparecer por tu casa.

—Te he echado mucho de menos y te he necesitado tanto... Pero no estabas.

—Lo sé, mi amor, y lo siento muchísimo. Te lo compensaré, lo prometo.

—Vale.

Y entonces me besa. Es un beso suave, nada presuntuoso, como el aleteo de una mariposa en mis labios, una sensación que jamás he sentido con él antes, pero que, sin embargo, me gusta más de lo que esperaba.

—Te he echado mucho de menos, Paul.

—Y yo a ti, mi amor. Te quiero, Susan.

Sonrí y acaricio su rostro antes de levantarme. Quiero preparar un buen desayuno antes de decorar el árbol. Ahora que ha vuelto no pienso dejarlo marchar. Quiero que vayamos a patinar, quiero que lo hagamos todo y recuperar el tiempo perdido, la vida perdida que tanto nos ha costado labrarnos.

No sé cómo lo hace, pero es llegar y calma mi corazón, mis sentidos, lo calma todo. Desayunamos en familia, pues la glotona nos reclama en cuanto acabo de hacer el desayuno, parece que tenga una cámara oculta y que nos vigile para llorar en cuanto paramos o queremos descansar.

La tomo en brazos para darle el desayuno mientras Paul me mira con cara de embobado, de enamorado y yo solo puedo sonreírle sabiendo que tengo suerte de que ese hombre sea mi compañero de viaje.



—¿Qué te parece si dejamos a la pequeña con una canguro y pasamos el día tú y yo juntos?

—No quiero dejarla con cualquiera, no me fio. Es demasiado pequeña.

—Podrías pedirselo a Martha. Ella estaría encantada. La de Icon.

—Bueno, le mandaré un mensaje por si pudiera, pero no me quedo tranquila.

—Cariño, creo que nos merecemos pasar tiempo juntos, aunque sea un día. Ya sé que os he dejado mucho tiempo solas, pero voy a compensarlo.

—Como Martha no acaba su jornada hasta mediodía, podemos salir a pasear con la princesa de la casa, ver las lunas que ya han empezado a iluminarse todo el día, los villancicos que cantan por doquier en cada calle y comprarle un regalito a la pequeña. ¿Te apetece?

—Es una excelente idea – beso sus labios con suavidad y vuelvo a sentir la misma sensación que la vez anterior. Sus besos son como rayos de luz entrando en mi boca.

—Sabes, para mí tú eres perfecta, mi corazón va a amarte para toda la vida. Quiero que cuando cierres los ojos siempre me veas así, feliz, a tu lado, acompañando cada uno de tus latidos.

—Yo adoro cuando me miras con el ceño fruncido, cuando pones caras frente al espejo porque dices que así nunca tendrás arugas. Cuando te pones a cantar esos ridículos villancicos en la ducha, sobre todo ese de que tu padre es un elfo, sabes que no lo soporto. Adoro cuando mueves ese culo, que deberían nombrarlo monumento nacional aquí en Francia, cuando cocinas, e incluso los ronquidos y pedos que se te escapan mientras duermes e intoxican la habitación. Adoro todo eso y más de ti, porque cuando miro al futuro quiero seguir teniendo esas cosas, porque son las que voy a recordar cuando seamos viejos y las que veré cuando cierre los ojos y me pregunten quién es el amor de mi vida.

—Tú siempre fuiste, eres y será el amor de mi vida, Susan. Ya lo sabes.

—Y tú el mío. ¿Desayunamos y vamos a comprarle el regalo de cumpleaños a esta mujercita? — digo señalando a Paula, que descansa en mis brazos con una sonrisa en los labios y los ojos abiertos como platos.

—Me parece una excelente idea, cariño.

—¿Sabes que desde que volviste no deja de sonreír? Parece que le gusta estar cerca de su papá.

—Y a quién no le gustaría estar cerca de mí — me guiña el ojo y yo río sin poder evitarlo. ¿Se puede ser más creído?

Desayunamos y nos abrigamos, sobre todo a nuestra hija, antes de bajar a la calle. Es de día, pero las luces están encendidas veinticuatro horas y eso da una calidez a las calles que nada más puede dar.

Suenan villancicos por una especie de altavoces, en francés, por supuesto, pero no importa. La magia de los villancicos llega igual, sea en el idioma que sea. Caminamos sin prisas hasta llegar a la calle principal. Debería ir a recoger el reloj de Paul sin que él se dé cuenta.

Ya hace tres semanas que lo dejé encargado para que lo grabaran y me imagino que ya estará terminado para ser recogido. Con tres semanas han tenido tiempo suficiente como para acabarlo.

Entramos en la calle principal y vemos un montón de pequeñas tiendas, a pie de calle, donde se ofrecen uno y mil productos mientras la nieve los rodea. Nos hemos ocupado de ponernos botas del agua, es lo mejor en este tipo de situaciones.

Le compramos un disfraz de elfo, por eso de que el padre se dedica, por culpa del anuncio, a cantar lo de que el padre es un elfo, pues si no quería café, toma dos tazas. No quería elfos, pues ahora él va a ser el padre elfo y va a tener una hija elfo.

No me puedo llegar a imaginar lo bonita que va a estar mi niña con el disfraz, si es que hasta tiene una diadema con orejitas de elfo. No veo el momento de ponerle el conjunto, le voy a hacer fotos para mil books.

—Me gustaría que te compraras tú también el disfraz, cariño.

—Yo es que no soy de esos – me contesta Paul.

—Vamos a hacer un trato. Yo me compro un traje de mamá Noel sexy y tú de padre elfo. ¿Trato hecho?

—Está bien. Me muero de ganas de verte de mamá Noel sensual.

Nos compramos los trajes los tres y nos dejamos un dinero importante, pero no nos dolía, ni a Paul ni a mí, la felicidad no tenía precio y si ese juego nos hacía felices, sería capaz de comprar un traje cada día.

Los copos caían suaves sobre nuestras cabezas y Paula, despierta y con esos ojos como faros, los miraba feliz e intentaba cogerlos, aunque la capota transparente del carro no se lo permitía.

Nosotros nos mirábamos, sonreíamos, era nuestro milagro de Navidad. Y entonces ocurrió algo para lo que no estaba preparada. Me hizo mucha ilusión, porque jamás me habían hecho nada así y estaba deseosa de poder vivirlo.

—Sé que el año pasado no pudimos tener la Navidad de nuestros sueños y que todo se destrozó cuando pasó lo que no queremos volver a recordar, pero yo había preparado una especie de

pistas en mi piso que te llevarían a tu regalo. Me gustaría que, el día de Navidad, vayas a mi piso en busca de tu regalo. Esto te lo digo por si yo no estoy cuando llegue el momento.

—¿Por qué no vas a estar? ¿Debes marcharte nuevamente a la rehabilitación?

—No es que quiera marcharme, créeme, es lo último que quiero, pero a veces las cosas no salen como uno quiere. Lo estoy dilatando lo máximo posible, pero en algún momento deberé volver a hacer ese viaje. No te enfades, prométemelo.

—No puedo prometerte nada. He estado sola todo este tiempo, en un mes solo te he tenido un día. He tenido a Paula y la estoy criando sola. Te necesitaba, ¿sabes? Y nunca estabas. Quiero que seas el padre que mi hija necesita y la pareja que necesito yo. No me falles.

—Eres la mejor madre del mundo, lo sé, y siento mucho haberte faltado todo este tiempo, pero ya estoy aquí, para apoyarte y ayudarte todo el tiempo que pueda.

—Todo el tiempo que puedas hasta que debas irte otra vez, ¿verdad? Mira, no quiero estropear el día, así que prefiero no seguir hablando del tema, sobre todo aquí, en medio de la calle.

—Como quieras.

Caminamos por las diferentes calles contiguas hasta que llegamos donde se encuentra la tienda donde he comprado el reloj de bolsillo. Miro a Paul, que parece enfrascado con nuestra pequeña.

—¿Podrías quedarte un momento con Paula? Tengo que ir a esa tienda.

No espero respuesta, ya que me imagino que sí, no en vano es su padre. Entro y el anciano me mira con ojos cariñosos. Parece haberme reconocido, porque aunque no he abierto la boca, me ha reconocido.

—Ya tengo listo su reloj, señorita.

—Genial, venía a preguntarle si ya estaba.

—Me he tomado la molestia de incluir un infinito bajo el, “te amo”.

—Eso es una idea maravillosa. Muchas gracias.

—No hay de qué. El precio, el que convenimos. Se lo enseño y si me da su beneplácito, se lo envuelvo.

—Perfecto – me lo abre y entonces lo veo. Es simplemente precioso, lo que había imaginado en mi cabeza tantas y tantas veces.

—¿Es de su agrado?

—Es magnífico.

—Perfecto. Lo envolveré entonces.

—Genial. Mientras tanto le voy dejando aquí el dinero.

El anciano se dedica a envolver el paquete antes de dármelo y recoger el dinero para meterlo en la máquina registradora. Vuelve a acercarse a mí con una sonrisa.

—Disfrute del regalo y Feliz Navidad, señorita.

—Feliz Navidad, y encantada.

Salgo metiéndome la cajita en el bolso y cuando miro hacia la calle de enfrente veo a una señora cogiendo el carrito de Paula con un policía al lado. Corro a su encuentro y agarro el carrito con todas mis fuerzas.

—Disculpe, ¿qué hacen con mi bebé?

—¿Es usted la madre? – me pregunta el agente.

—Lo soy. Disculpe, dejé a mi pequeña con su padre, pero no lo veo por ninguna parte.

—Yo me encontré el carrito solo, el bebé dormía. No he encontrado ningún hombre con ella – contesta la mujer.

—Yo, de veras que lo siento, solo fui un momento a la tienda, dejando aquí a mi pareja con el bebé.

—Yo no veo aquí su pareja – ni yo... — Mire, por esta vez lo pasaré, pero déjeme su DNI. Si vuelve a ocurrir algo, llamaremos a servicios sociales.

—De verdad que no volverá a suceder – le digo cuando me devuelve el DNI.

Cojo a mi pequeña, porque le ha dado por llorar, supongo que se ha asustado tras lo ocurrido. Se marcha la señora y el policía se despide antes de que coloque nuevamente a Paula en el carro y reanude la marcha sin Paul.

No llevo ni dos minutos caminando cuando alguien se pone a mi alrededor y cuando me giro para saber quién es, me encuentro con Paul. La ira me sube de los pies a la cabeza y la piel me arde.

—¿Dónde coño estabas, Paul?

—Me perdí.

—¿Te perdiste? Has dejado sola a Paula, la ha encontrado una señora y ha llamado a la policía, casi llama a Servicio Sociales.

—De verdad que lo siento, no era yo mismo. Es como si hubiera perdido la cabeza.

—Quizá deberías volver a la clínica de rehabilitación. No quiero perder a mi hija.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no quiero, pero tampoco quiero poner en riesgo a mi pequeña porque no seas capaz que quedarte a su cuidado.

—Lo siento cariño, no volverá a pasar.

—Eso espero, Paul.

Volvemos a casa. Le mando un mensaje a Martha, que parece encantada de cuidar a nuestra pequeña Paula. Sinceramente, después de lo ocurrido tengo mal cuerpo y no me apetece ir a patinar sobre hielo, pero, pese a todo, sé que a Paul le apetece mucho.

Martha no tarda mucho en llegar. Le he dejado macarrones de los que hemos comido a mediodía, ya que viene directamente del trabajo. Le agradezco mucho que se quede con nuestra pequeña y, aunque pone caras raras, sonrío antes de sentarse al lado de mi niña, que está en el balancín y acaricia su carita.

Se lo he explicado todo y le he dejado mi número por si pasa algo junto con veinte euros antes de salir por la puerta. ¿Me quedo tranquila? No, pero tampoco intranquila, porque al menos sé que mi niña está acompañada y que tiene tres biberones de mi leche.

Llegamos a la estación de tren y nos miramos sin poder evitarlo. Hay que coger el tren y no sé si quiero. Tengo miedo a que vuelva a suceder nuevamente, no quiero dejar a Paula huérfana, nos necesita.

Miro a mi chico y su simple mirada me arma de valor. Si estamos juntos, todo podremos superarlo. No pienso más, simplemente entramos en uno de los vagones y nos sentamos, él en un lado y yo en el otro, mirándonos a los ojos, como siempre hemos hecho, nuestro juego.

No tardamos mucho en llegar a la pista de hielo, que está abarrotada. En esta época del año siempre está llena de gente que quiere disfrutar de un pequeño baile en pareja, que es justo lo que queremos hacer nosotros.

Alquilamos los patines y esperamos a que nos den paso. Nos sentamos en el banco y colocamos los patines. Todavía me duele la pierna, es más bien un dolor reflejo, pero no digo nada, no quiero preocupar a Paul.

Me imagino que tampoco él está para echar cohetes, sobre todo, porque no me ha tocado desde que volvió, puede que aún le duela demasiado el cuerpo, como ya me dijo en su momento.

Una vez ambos nos hemos puesto los patines, en un abrir y cerrar de ojos, nos colocamos en la fila como podemos, ya que nuestra estabilidad es pobre. ¿Quién estaría estabilizado sobre unas cuchillas? Yo no, al menos.

No puedo más y me acabo sentando en uno de los bancos mientras Paul, se queda en la fila y cuando veo que va a tocarnos me levanto y me coloco a su lado, pero las chicas que van detrás nuestro, me toman del brazo y yo me giro para saber qué demonios quieren. Como si no tuviera



suficiente mantenerme estable.

—Disculpa, no te cueles, íbamos nosotras.

—No, mi pareja estaba guardando el sitio, así que no inventes, por favor.

—Eso es mentira, aquí no había nadie.

No entiendo nada y cuando me giro Paul no está, lo veo a lo lejos, apoyado en la barandilla viendo a los que ya patinan en la sala. Dejo plantadas a las chicas, que me miran sin entender y me acerco a Paul.

—¿Por qué te has salido de la fila? Hace un momento estabas allí, ¿por qué te has ido tan rápido? Y, ¿qué haces aquí?

—Perdona, se me fue la cabeza.

—Pues tu ida de olla nos ha costado el puesto. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Quieres que vayamos al hospital?

—No, quiero patinar contigo. Quiero que por fin tengamos ese recuerdo para la posteridad.

—Vale.

—Te quiero, Susan, no lo olvides nunca.

Nos volvemos a poner a la cola y veinte minutos después conseguimos entrar en la pista. Empezamos a deslizarnos, cogidos de la mano, y todo se vuelve magia, caricias, miradas

cómplices y por un momento nos olvidamos de lo ocurrido y solo somos él y yo.

La nieve se frena por una cúpula que hay sobre nuestras cabezas, sino sería inviable que patináramos. Es un pequeño lago que hay. Y entonces ocurre, me resbalo y caigo de culo contra el hielo, haciendo que se resquebraje.

¿Cómo se ha podido romper por mi peso? El agua está congelada e intento salir lo más rápido posible. Extiendo la mano para que Paul me ayude, pero no lo veo cerca de mí. ¿Dónde demonios está?

Dos fornidos muchachos me ayudan a salir del agujero como pueden, ya que el hielo de alrededor está frágil y tiene pinta de que se va a romper con un solo suspiro. Por suerte aguanta y en un abrir y cerrar de ojos estoy fuera.

Tirito de frío y, aunque los encargados de la zona no dejan de pedirme disculpas con mantas y chocolate caliente, no entienden cómo ha pasado, cómo se ha roto el hielo, es algo que, según dicen, no ha pasado en más de cincuenta años que llevan haciéndolo.

Sinceramente, sé que no es culpa de ellos, pero no me interesan sus explicaciones, solo quiero volver a casa. No sé dónde demonios está Paul, así que simplemente me cambio de calzado y lo busco por los alrededores, pero al no encontrarlo y a sabiendas de que si sigo aquí voy a coger una neumonía, decido marcharme.

Vuelvo a casa y le pido a Martha que se quede un poco más mientras me doy una ducha caliente. Cuando me ve las pintas, asiente algo preocupada y agradezco que me permita que pueda darme la ducha.

Intento ser rápida, no quiero que pierda más tiempo, ya debería estar en su casa y si tardo mucho deberé pagarle más.

Una vez me seco el pelo vuelvo al comedor y le doy un abrazo a Martha por haberse quedado con Paula. Me dice que es un ángel, que se ha portado muy bien y que se lo ha comido todo.

Le agradezco una vez más y, sobre todo, el hecho de que se haya quedado un poco más por mí sin pagar, y entonces se marcha tras desearme Feliz Navidad. Cojo a mi niña y la lleno de besos.

La he echado de menos y eso que solo he estado sin ella un par de horas, pero es que ya no concibo pasar un segundo sin que esté a mi lado, es parte de mí. Es como si yo fuera una estrella de mar y ella fuera una de mis patitas.

La acuno entre mis brazos y la duermo mientras me como cualquier cosa para mantener las fuerzas y veo algo la televisión. No sé dónde está Paul, pero sabe volver a su casa y a la mía, ya es mayorcito.

Tenemos obligaciones, nuestra hija, por ejemplo. Sé que ha pasado por mucho, pero yo también y si yo me he esforzado porque tenía que cuidar a la pequeña, aunque acabara de salir de un coma y dar a luz, él también debe empezar a hacerlo.

Estoy cansada, muy cansada, lo vivido hoy es casi surrealista. Me meto en la cama una vez que he dejado a Paula en su cuna. Tengo suerte de que a medida que ha crecido un poco, se ha empezado a portar mejor, si no, me habría tirado de los pelos o cortado las venas.

Realmente ser madre no es fácil, pero no lo cambiaría por nada del mundo, aunque se agradecería dormir más de dos horas seguidas desde el inicio.

Cerré los ojos y dejé que la somnolencia y el cansancio se adueñaran de mí porque realmente necesitaba desconectar del mundo, aunque fuera por unas horas. Mientras, en mi cabeza, solo aparecía la imagen de Paul.

¿Dónde estaría? ¿Por qué había vuelto a desaparecer?



## CAPÍTULO 10: VILLANCICOS Y LAZOS



Habían pasado cuatro días y Paul no había aparecido. Había llamado a todos los hospitales, las comisarias, lo había buscado hasta la saciedad y finalmente me había decidido a llamar a sus padres.

Me dicen que está con ellos y que no debo preocuparme, cosa que me deja más tranquila, aunque no entiendo como pudiendo estar con su pareja y su hija, haya decidido volver con sus padres.

Me imagino que no se encontraba del todo bien y ha decidido ir allí para que lo cuiden y no molestarme, pues con la niña ya tengo suficiente trabajo. Ese sería el pensamiento de Paul, lo conozco bien.

Hoy es Navidad y le pongo a mi pequeña el vestido de elfo, le queda como un guante. Nos hacemos una foto y la cuelgo en las redes. Finalmente me he puesto el disfraz de mamá Noel sexy.

No por nada en especial, la verdad es que no me apetecía llevarlo, pero creo que es importante honrar la festividad y que cuando Paula sea mayor y vea esa foto, sepa que su madre hacía virguerías para que su familia fuera feliz.

Al final hemos acabado adornando solas el árbol. Bueno, lo he hecho yo, Paula se dedicaba a coger las bolas y los pequeños renos de adornos y hacerles un traje de babas, si es que se lo mete todo en la boca...

Hoy, que es Navidad, le he preparado a mi pequeña un poco de zumo, como premio especial. No

lo ha probado nunca, va a ser su primera vez y quiero que sea un regalo para ella en el día de hoy.

La siento en su balancín y le doy el primero de sus regalos. Le encanta su juguete. Se trata de un Gusiluz. Yo lo tuve cuando era pequeña y me encantaba, así que he querido que mi hija también lo tenga.

Ojalá su padre estuviera aquí para ver la cara de felicidad de su hija con su nuevo regalo. Le hago otra foto mientras sonrío con el Gusiluz iluminado a su lado. Ella sí que lo ilumina todo con su luz.

Dejo bajo el árbol el regalo de Paul y me siento en el sofá con mi pequeña. Está llenando su juguete de babas, parece un caracol. Cojo otro de los regalos para mi pequeña, la mayoría son de tiendas del barrio para apoyar al pequeño comercio.

Lo toma con esas manitas que cada vez son más fuertes y lo mira sin saber bien qué le he dado. Normal, está envuelto, así que no ve nada. Se lo quiere llevar a la boca, pero la freno y quito el papel de envolver para que vea que es una bola que proyecta estrellas en el techo.

Apago la luz del salón para que pueda verlo de verdad y se queda quieta, en silencio y embobada ante lo que ve, al igual que yo. Parece una mujer metida en el cuerpo de un bebé, sabe más que el hambre.

Voy a encender la luz de nuevo, una vez hemos disfrutado de las estrellas mientras los copos de nieve caen tras la ventana y es entonces cuando lo encuentro, frente a mí. No lo he escuchado entrar, pero aquí está.

—Paul...

—Lo siento pequeña, tuve que irme unos días, no me encontraba nada bien, siento no haberte avisado y dejarte tirada en la pista de hielo.

—Estoy cansada de excusas Paul. Las dos te necesitamos. Paula necesita a su padre. Lo que me molesta no es que desaparezcas, que también, sino que ni siquiera me avises y me vuelva loca pensando si estás bien o estás perdido y sin rumbo, ido, por las calles de París.

—Lo sé, perdóname, es que no tenía fuerzas ni para avisarte, pero he podido volver, aunque no sé por cuanto tiempo.

—¿Qué te ocurre, Paul?

—Nada, no pasa nada. He venido porque quiero reparar mi error y ayudarte con nuestra hija.

—Se te nota cansado.

—No sé cuánto tiempo podré seguir aquí.

—¿Por qué dices eso? No me digas eso – las lágrimas se derraman por mi rostro.

—No llores, mi amor.

—Cuéntame las cosas, no aguanto más así.

—Primero quiero mi regalo. Recuerda que el tuyo lo tienes en mi piso, cuando quieras puedes ir a por él – asiento hipando.

Tomo la caja bajo el árbol mientras Paul, se sienta en el sofá a la espera de que le entregue la caja con su regalo. Me sonrío y sé que está enamorado y, aunque estoy cabreada como una mona por todos los feos que me ha hecho, no puedo evitar sonreír y olvidar el pasado.

Ahora está aquí, el día de Navidad y eso es lo único que me importa, sobre todo, porque quiero que Paula recuerde este momento porque su familia al completo está con ella en un día tan importante como este.

—Me gustaría que fueras tú quien abriese mi regalo, Susan.

—Claro.

Desenvuelvo poco a poco el regalo y saco el pequeño reloj con la cadena, típica en los relojes de bolsillo y lo dejo en mis manos para que vea el grabado exterior de la tapa donde se encuentra ese “te amo” con el infinito debajo.

Le abro el reloj para que vea el grabado interior de este, donde aparece la silueta de nuestra hija en mis brazos y por supuesto la mía. Lo habían hecho bastante bien, porque sé ve claramente que somos nosotras dos.

—Mi amor, es precioso. No podía haber recibido un regalo mejor, os voy a llevar a ambas en la retina para toda la eternidad – dice con lágrimas en los ojos.

—Me alegro de que te guste. La intención es esa, que siempre nos tengas encima, además de en el corazón.

—Gracias, mi amor, este regalo es pura magia.

—No hay de qué.

Cojo a la peque en brazos, pues acaba de despertarse y reclama mis atenciones. Le doy de comer mientras Paul nos mira atento y después la acuno en mis brazos para que me sienta cerca de ella.



—Susan, tenemos que hablar, he intentado dilatar el momento todo lo posible, pero ya no tengo fuerzas para seguir manteniendo esta farsa. He estado aquí todo el tiempo que me ha sido posible, porque sé que tienes una situación complicada, sobre todo, desde el nacimiento de nuestra pequeña, y he hecho acopio de todas las fuerzas que me quedaban para volver a tu lado, pero es que las fuerzas se desvanecen por momento y no es justo que te siga mintiendo. Quiero contarte la verdad, mi amor.

—¿Qué ocurre? No me asustes...

—Cuando tuvimos el accidente quedé en coma y además tetraplético. El dinero no hace milagros, Susan, y por mucho que pueda ayudar en los cuidados, no te devuelve la movilidad, no te devuelve la vida.

—Pero puedes caminar, como si no hubiera pasado nada.

—No, Susan. Ya no estoy aquí, no como a ti te gustaría. Prometí aferrarme a la poca vida que me quedaba para ayudarte todo lo que pudiera hasta que acabaran desconectándome, pero cada vez estoy peor, la vida se me escapa y mis padres se están replanteando hacerlo.

—No entiendo nada, Paul...

—Yo no estoy aquí, mi amor. Mi cuerpo está en casa de mis padres, en una cama, conectado a una máquina que me ayuda a respirar, sin poder moverme. Soy prácticamente un vegetal, pero no podía dejarte. Me he aferrado todo este tiempo a la idea de cuidaros, de amaros como os merecéis, de conocer a mi pequeña, de hacerte feliz como te prometí tantas y tantas veces, pero mi vida se va apagando y a veces no me quedan fuerzas para quedarme. No te puedes llegar a imaginar cuánto desgaste de energía se usa para estar aquí, aunque sea como una ilusión. Por eso me desvanezco, vuelvo cuando puedo recuperar un poco de energía para estar con vosotras, pero cada vez estoy más y más cansado.

—¿Me estás diciendo que eres una ilusión? ¿Estoy loca?

—No exactamente. Estoy aquí, mi amor, solo que no en cuerpo, solo en alma. Por eso me desvanecía y aparecía de sopetón.

—Por eso dejaste sola a la niña en la calle mientras estaba en la tienda o desaparecías en la pista de hielo o te quedabas como abstraído...

—Sí, lo siento mi amor. No quería decírtelo, no quería romper la magia, porque sabía lo que me necesitabais y no quería perderme los momentos más bonitos con mi familia, pero me he dado cuenta de que eres la mejor mujer que he conocido en mi vida y una madre excelente y ahora que sé que os podéis apañar solas y que os apoyaréis la una a la otra, ya puedo marchar en paz.

—No quiero que te vayas, nunca – lloro desconsolada.

—No puedo quedarme más, no te puedes hacer una idea de toda la fuerza que necesito para poder tocarte, o besarte, cualquier gesto nimio. Por eso no puedo coger a mi hija, por eso no puedo hacerte el amor como me gustaría, por eso no puedo ponerte flores en la almohada cada mañana, por eso no puedo besarte cada día y no puedo hacerte el regalo de Navidad que te mereces. Es por lo que quise darte este último regalo de Navidad, en mi último suspiro, acompañarte todo el tiempo posible como el último halo de luz de esa estrella de la que siempre hemos hablado para que cuando ya no esté, todavía veas mi luz. Como cuando muere una estrella, que su luz permanece miles de años más. Así quiero que recuerdes mi amor por tí, que durará miles de años, aunque ya no esté a tu lado.

—No me hagas esto, por favor. No puedo perderte, tú eres mi corazón. Si te vas dejará de latir y me moriré de pena.

—Nunca dejaré de amarte, y siempre estaré en tu corazón, en tus recuerdos, en las imágenes y necesito que hagas de nuestra pequeña toda una mujer. Necesito que le des el amor que ambos sentimos por ella.

—Lo haré, te lo prometo.

—Siento no haber podido hacer más, yo no tenía esto planeado y en la situación en la que me encuentro, no puedo más que darte mi amor, aunque sea de esta manera.

—No pasa nada, vida mía.

—Solo quiero que sepas que voy a procurar quedarme hoy todo el tiempo posible antes de marchar definitivamente. Te prometí pasar contigo un día de Navidad y voy a cumplir mi promesa.

—No te vamos a olvidar nunca, prometo hablarle de ti a Paula todos los días.

—Yo siempre estaré aquí, aunque no puedas verme, y os protegeré siempre.

—No te puedes imaginar lo que voy a echar de menos despertar a tu lado cada mañana y verte con esa sonrisa en los labios y esa cara de felicidad después de una noche de sexo y desenfreno. No sabes lo que voy a echar de menos besarte, tocarte, acariciarte, acurrucarme contigo frente a la chimenea con una manta, comiendo nubes de azúcar tostadas, ver las estrellas, pasear bajo los copos de nieve y verte cada mañana en la oficina. No sabes lo que voy a echar de menos nuestros juegos en el tren, como si no nos conociéramos, ese tren que tanto nos ha arrebatado. Lo que voy a echar de menos esos ojos que me hablan en el idioma del amor, el latido de tu corazón sobre mi pecho, el susurro de un “te amo” por las noches, nuestras guerras con bolas de nieve, esas fiestas a golpe de talonario, nuestras citas de paintball. Cuánto te voy a echar de menos, vida mía...

—Cuando me extrañes por las noches solo mira al cielo, y si ves brillar las estrellas es porque mi amor brilla con fuerza por ti. Cuando me extrañes en invierno, mira por la ventana y cada copo que caiga serán copos de amor que se derriten por ti. Cuando me extrañes en primavera, recuerda que cada flor que te encuentres es mi amor, que florece a diario por ti. Cuando me extrañes en otoño, cada hoja que caiga será un beso que te mando, y cuando me extrañes en verano, recuerda que cada rayo de sol que acaricie tu piel es una caricia que las yemas de mis dedos te harán.

—Te amo, Paul.

—Te amo, Susan.

—¿Puedo besarte?

—Es mejor que lo hagamos justo antes de irme o no creo poder aguantar hasta el final.

—Está bien...

Enciendo la chimenea y pongo villancicos mientras simplemente nos miramos entre nosotros, miramos a nuestra pequeña, hablamos de qué voy a hacer a partir de ahora cuando él deba partir.

Es una conversación muy dura, saber que estoy hablando con mi pareja y que, a media noche como mucho, se va a ir para siempre, es algo que no soy capaz de digerir. No sé si voy a ser capaz de ser fuerte por las dos.

Paul besa la frente de Paula y sonrío mientras las lágrimas se derraman por su mejilla. Sé que siento pesar por no haber podido pasar tiempo con su hija, por no haberla estrechado en sus brazos, por no cuidarla como se merece.

Sé que nunca va a poder llevarse su regalo de Navidad, pero quiere que lo guarde en su mesita de noche de mi cama, dice que él siempre estará aquí, durmiendo cada noche a mi lado, aunque yo ya no pueda verlo.

—Sabes, Susan, no me arrepiento de nada, solo de no tener más tiempo para poder pasarlo con vosotras, pero sé que he podido disfrutar del tiempo suficiente como para conocer el amor, que he vivido mil y una aventuras, que me he arriesgado y he ganado, pero también he perdido. He viajado de joven a los lugares que me ha dado la gana y he tenido un trabajo maravilloso, aunque ello me restara tiempo de estar con mi familia. Me voy feliz y contento porque, aunque ha sido

fugaz, es muy difícil encontrar a esa persona que complementa tu vida, que es mi compañera de viaje, mi todo. ¿Sabes lo complicado que es encontrar a tu alma gemela? Es muy complicado. Te voy a esperar, Susan, y cuando llegue tu momento y tu alma se separe de tu cuerpo, te estaré esperando al lado de tu cama para tomarte de la mano, como tantas veces he hecho y vivir una segunda vida a tu lado.

—Y yo estaré deseando vivirla contigo, porque no hay mayor sueño que pasar una eternidad con la persona que amas. Cuidaré a nuestra pequeña de la mejor manera posible y cuando sea el momento de partir, lo haré con una sonrisa en los labios, satisfecha de que yo también encontré los grandes amores de mi vida, mi hija y mi marido, porque así te considero, aunque no nos marque una alianza.

—Tú siempre has sido y serás mi mujer.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Poco, muy poco. Me encantaría hacerte el amor, pero no creo que pueda ofrecerte más que un beso.

—A veces no hace falta más que un beso para tocar las estrellas – le digo.

## CAPÍTULO 11: BESO Y DESPEDIDA



Hemos pasado una tarde maravillosa, apenas recordaba lo bien que podíamos pasarlo en familia y ahora sé que tengo que aprovecharlo y recordarlo al máximo porque será la última vez.

Paul ya me mira dándome a entender que debe marcharse y yo me muerdo el labio inferior como una niña mientras lloro. Paula ya se ha quedado dormida en su cunita y Paul la ha acariciado una última vez a modo de despedida.

Se sienta a mi lado y coloco mi mano sobre la suya, pero solo encuentro aire, no hay carne, no hay nada. Se desvanece por momentos, lo sé, lo noto, lo siento y él también. Me mira, asiente y yo sigo negando, me niego a dejarlo marchar, aunque ya lo hemos hablado.

—Susan, por favor, no lo hagas más difícil.

—Lo sé, lo siento, ya sé lo que hay. Hoy ha sido un día maravilloso. Así me he imaginado siempre que iban a ser nuestras Navidades, si hasta hemos hecho galletas – sonrío con pesar.

—Bueno, tú has hecho galletas, yo he mirado.

—El apoyo moral ayuda más de lo que crees.

—Te voy a echar mucho de menos, mi princesa.

—Y yo a ti, mi todo.

—¿Me das un último beso antes de partir?

No me salen las palabras y mi rostro está empapado por las lágrimas. Me limpio con la manga del jersey y noto su mano en mi pecho, ahora sí que la noto como si estuviera aquí de verdad.

La otra mano está en su pecho, a la altura de su corazón. Me mira con ternura, con los ojos también cubiertos por las lágrimas y entonces dice las últimas palabras que escucharé de boca del hombre de mi vida.

—Mi corazón siempre latirá por ti. No lo olvides jamás. Te esperaré.

No soy capaz de decir nada, mi visión está borrosa a causa de las lágrimas y simplemente cierro los ojos cuando siento los labios de Paul sobre los míos en un beso cargado de sentimiento, de puro amor, de devoción infinita, un beso fugaz, como aquellas estrellas que un día vimos.

Y cuando dejo de sentirlo, abro los ojos, pero él ya no se encuentra frente a mí, ya ha volado hacia otro lugar, otro plano, y yo me he quedado aquí plantada, con los sentimientos a flor de piel y con un dolor tan grande, que ni con todo el amor del mundo se podría reparar.

Los días siguientes son un infierno. Me paso los días llorando, desconsolada, triste, deprimida, nunca he estado tan mal y es que no puedo evitarlo, no tengo ilusión por nada, más que cuidar a mi pequeña y que no le falte de nada.

Cojo a Paula y voy a la que un día fue la casa de Paul y que se mantiene intacta después de lo ocurrido. No se ha movido nada desde que él se fue y prefiero que siga siendo así. He venido porque necesito sentirlo y sé que en esta casa puedo encontrar algo que me aferre a él.

Repaso la casa de arriba abajo, oliendo su ropa, acariciando su cama, sentándome en su sofá, ese

donde tantas veces hemos estado juntos. He venido porque él quería que encontrara mi regalo de Navidad y ahora, que he reunido el suficiente valor, he venido a seguir esas pistas que me dejó en su día como migas de pan y que me llevarán hasta él.

Camino por toda la casa hasta que cojo mi libro, el que un día había dejado en mi mesita de noche para leerlo, ese que me iba a llevar de nuevo a mi casa antes de que sus padres se deshiciesen de él, y cuando voy a guardármelo, un papel cae al suelo.

Lo cojo y veo algo escrito del puño y letra de Paul. Mi querido Paul... Miro la nota con detenimiento y leo en voz alta el contenido de la misma, mientras con el rabillo del ojo vigilo que Paula siga plácidamente durmiendo en su carrito.

*«Todos tus deseos pueden cumplirse si cierras los ojos y dejas volar tu imaginación. Camina por mil y un mundos hasta traspasar la puerta del armario. ¿Qué universo encontrarás en su interior?»*

Me quedo pensativa, no sé realmente si se refiere al libro de las Crónicas de Narnia, o que entre literalmente en el armario en busca de la siguiente pista. No creo que sea lo primero, sobre todo, porque no tenemos el libro, así que voy directa al armario. Allí encuentro, entre toda su ropa, la manta que usábamos para cubrirnos cuando salíamos a la terraza para ver las estrellas.

Esa manta que nos hacía volar la imaginación, tal y como pone en la nota. Así que la abro y ahí dentro, en uno de las dobleces, encuentro otro pedazo de papel. Estoy nerviosa, no lo voy a negar.

Lo abro y veo otra especie de acertijo que supongo, me llevará a la siguiente prueba. Leo la nota en voz alto sin apenas darme cuenta.

*«Siempre caminas con paso firme, con tus zapatos preferidos, y bailas como un ángel con alas de oro».*



Esta estaba clara, debía encaminarme hasta el zapatero y buscar mis botas preferidas, que siempre tenía en esta casa, y estaba segura de encontrar allí la siguiente pista. Camino hasta este y meto la mano en una de las botas, pero no hay nada.

La vuelvo a dejar en el zapatero y meto la mano en la otra bota y ahí sí que hay un pedazo de papel, como en los anteriores lugares, y abro el papel para leer la siguiente pista. La verdad es que, que Paul se haya dedicado a prepararme esta sorpresa me hace ilusionarme, aunque sea un poco.

*«Tú eres la luz que ilumina mis días y qué mejor manera de brillar que con un foco propio. Busca en la luz que más has usado cuando la oscuridad se adueñaba de todo para encontrar la última pista».*

No entiendo bien la pista en un primer momento y la tengo que leer como tres veces hasta entender que tengo que buscar una bombilla o una lámpara que por la noche se haya encendido mucho en esta casa.

Además, según expresa la pista, es una luz que uso yo, más que él. Así que solo pueden ser dos, o la de la mesita de noche o la de lectura, esa con forma de pinza que se agarraba a la parte superior del libro.

En la de la mesita de noche no hay nada, con lo cual solo me queda una opción. Abro el cajón superior y ahí la encuentro, bajo la lámpara de lectura en pinza hay un papel, que cojo y abro para leerlo.

*«Siempre he soñado pasar mi vida caminando a tu lado de la mano, y espero que con esto siempre recuerdes que tú y yo de la mano somos uno. Mira bajo la cama y encontrarás tu recompensa. Te amo, mi amor».*

Me arrodillo al lado de la cama para saber qué es lo que hay bajo ella y cuando encuentro una caja cuidadosamente envuelta y cubierta por el polvo de tanto tiempo descansando allí, la limpio antes de quitarle el lazo y dejarlo a un lado.

Quito el papel despacio hasta que solo queda una caja desnuda y la abro porque quiero saber de una vez por todas qué es lo que esconde.

Y entonces lo veo. Son dos manos hechas de porcelana fría que se entrelazan en la zona de los dedos, cogiéndose con cariño.

La sola imagen me hace derramar más lágrimas de las que me gustaría. Con esa simple figura se refleja el amor que nos sentimos, ese cariño y la idea de que pase lo que pase, siempre caminaremos de la mano.

Me seco las lágrimas como puedo y beso la figura, como si lo estuviese besando a él y a nuestro amor. Acabo guardándola de nuevo en la caja y dejándolo en la cesta inferior del carro.

Parece que Paula se ha despertado, pero se entretiene con sus muñecos y no dice nada, si al final va a ser hasta buena y todo... Volvemos a casa cerrando el piso con llave, no quiero que nadie se lleve nuestra vida, que queda acunada entre estas cuatro paredes.

Y así siguen pasando los meses. Me dedico exclusivamente a mi pequeña y convino la tarea con algún que otro trabajo como empleada a distancia de Icon, diseñando publicidades para productos que ni siquiera entiendo.

Lo tengo en mi memoria todo el tiempo, él es en lo primero que pienso al levantarme y en lo último que pienso antes de cerrar los ojos. Todas las noches me acompaña en mis sueños, pues está en cada uno de ellos y, al final, sumida en una profunda depresión, tengo que acudir a ayuda profesional mientras dejo a mi pequeña en la guardería.

No me dejan volver en estas circunstancias a la empresa, porque parezco un alma en pena. No es que haya perdido el trabajo, pero mi jefe dice que doy mala imagen y no me extraña, pero es que es muy duro ver a un extraño en la mesa de Paul todos los días.

Al final pido que me trasladen a otro departamento, al que sea, como si es al de limpieza, no puedo seguir torturándome de esa manera. La empresa, que ya lo sabe todo por boca de Martha, me acaba entendiendo, si no estaría de patitas en la calle.

Me paso un año entre psicólogos, terapias alternativas, yoga y no sé cuántas cosas más hasta que un día, simplemente dejo de torturarme y pensar más en la felicidad, no solo de mi hija, sino en la mía propia.

Vuelvo a casa con una nueva visión, con esperanzas encontradas, porque sé que, pase lo que pase y haga lo que haga, me reencontraré con aquel al que juré amor eterno y ese es mi mayor consuelo.

Pasan los años, Paula se va haciendo mayor, al igual que yo, y me centro en que sea lo más feliz que pueda. No me he vuelto a enamorar, algunos lo han intentado, pero es que cuando el amor de tu vida se marcha, no queda hueco en el corazón para nadie más que no sea el amor de mi vida.

Ya tengo sesenta y cinco años y mi niña acaba de cumplir treinta y tres años. No es que sea una octogenaria yo, y ella tampoco es una niña, aunque para mí siempre será mi niña pequeña.

Se ha convertido en toda una mujer y es diseñadora gráfica. Estoy muy orgullosa de ella, muchísimo. Se ha hecho hueco y ha ocupado el puesto que una vez tuvo su padre en Icon. Estoy muy feliz por ella.

Todos los días hablamos de su padre, de mi Paul, y ensalzamos lo bueno que era, lo que nos dejó en el recuerdo y todo lo que dio a aquellos que estuvieron a su lado. Ella lo ama sin conocerlo, pero es que no hace falta conocerlo para quererlo.

—Mamá, esta noche tengo una fiesta de Icon, de un inversor muy importante. Parece que vamos a hacer un *escape room* en su casa.

—¿Pero todavía vive el señor Robert?

—Sí, está hecho un toro – río sin poder evitarlo.

—Me alegro.

—Tengo que contarte algo más.

—Dime.

—He conocido a alguien en el tren, es un hombre maravilloso y ha resultado ser el becario de la empresa. ¿No es una hermosa coincidencia? Estoy pensando en invitarlo a la fiesta como mi acompañante.

Y es entonces cuando toda mi vida pasa antes mis ojos por un momento, pues su padre y yo vivimos lo mismo unos pocos años antes. Sonríe sin decir más y encojo los hombros. Dejare que sea el destino el que mueva los hilos del amor.

—¿Cuándo es la fiesta?

—Mañana.

—Tengo un vestido perfecto que puede quedarte muy bien. Me imagino que la fiesta será de época y con máscaras.

—¿Cómo lo sabes?

—Las fiestas de Robert son memorables, pero también se cortan siempre por el mismo patrón. Tu padre y yo fuimos una vez, me regaló veinte mil euros al resolver su escape room, si eres lista, te llevarás un buen pellizco.

—¡Mamá!

—Era broma cariño, tú solo ve y pásalo muy bien con tu amiguito especial – le guiño el ojo y miro mi teléfono móvil.

Hoy recibiré la llamada. Mi doctora me encontró algo en la cabeza y necesitamos saber si es benigno o maligno. Paula no sabe nada, nunca le arruinaría la alegría con mis problemas.

Hace tiempo que decidí que ella viviría la felicidad por dos, la que le hubiese dado su padre y la mía, no le contaría los problemas, sino que se los evitaría y los resolvería lo más rápido posible.

Ya tendría tiempo de ocuparse de los problemas, de momento lo que debía hacer era disfrutar de lo bueno que le daba la vida. Así que, cuando se marchó a la oficina, pues hacía el turno de tarde esta semana, yo me fui al hospital.

En el fondo sabía que algo no iba bien. Tenía lagunas, me costaba hablar, a veces me desmayaba e incluso había perdido facultades, aunque todo quería achacarlo siempre a la edad.

Cuando esperando en la sala de espera, me llaman por mi nombre y apellidos, entro en la sala. Mi doctora me mira con tristeza y mis peores sospechas se confirman. Me siento frente a ella y le sonrío sin ganas.

—Hola, Susan. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, podría estar mejor. Algo cansada, la verdad.

—No me voy a andar con rodeos, Susan. La cosa no pinta bien. Hemos encontrado un tumor maligno, que te ha hecho metástasis en el hígado. Podemos intentar la quimioterapia, no tiene cura,

no te quiero engañar ni darte falsas esperanzas, pero podemos retrasarlo todo lo posible. Me sorprende que estés tan bien. Está muy avanzado.

—¿Cuánto me queda?

—No sé cómo decirte esto. Llevamos mucho tiempo juntas y esto me duele más a mí que a ti. No quiero perderte.

—Es mi hora. He tenido una vida llena de amor, primero del hombre de mi vida y después de la mujercita de mi vida. Me iré feliz, no te preocupes.

—Me alegra oír eso. Pueden ser días, semanas, dos meses como mucho, depende de lo que tu cuerpo aguante y de lo que luches. Podemos empezar la quimioterapia mañana y con ella podrían ser unos cuatro o cinco meses.

—No voy a tratarme.

—Pero, Susan...

—No te preocupes, Lise, no pasa nada. ¿Sabes por qué te escogí como mi doctora?

—Sí, por mi madre.

—Sí, Bella era una magnífica enfermera, que en paz descansa, y ella me ayudó cuando más necesitaba apoyo, ahora necesito que tú me ayudes como ella, pero a dejarme marchar.

—Está bien... – Y una lágrima se derrama por su mejilla.

—No le tengo miedo a la muerte. Lo único que siento es dejar a mi princesita, pero algo me dice que ha encontrado a su compañero de viaje, como un día lo hice yo y, aunque me marche, siempre estaré con ella y la cuidaré, como mi Paul hizo con nosotras – veo a Lise asentir y yo le sonrío.

—Te daré unas pastillas para mitigar el dolor, ¿te parece bien?

—Sí, me lo parece. Gracias por todo, Lise. Eres una persona magnífica, tu madre está muy orgullosa de ti, estoy segura.

—Gracias, Susan.

Me da una caja de pastillas y nos abrazamos con fuerza sabiendo que esa es la última vez que vamos a vernos. Ahora queda lo más duro, hablar con mi querida Paula. No quiero dejarla en este mundo incierto, pero el destino ha hablado y sé que es el momento de descansar después de todo.

No tardo mucho en llegar a casa y me siento en el sofá, estoy realmente cansada. Inhalo el Ventolín un par de veces antes de ponerme la tele mientras Paula vuelve del trabajo. Al final, no sé cómo, acabo durmiéndome en el sofá y cuando siento una caricia en la mejilla, abro los ojos.

Es Paula, que me ha cubierto con una manta para que no pase frío y me sonrío con ternura. Le devuelvo la sonrisa. Es la mejor hija del mundo, la mejor que unos padres han podido tener jamás. Es mi todo.

—Mamá, tienes que ir al médico. Últimamente no estás muy fina y estoy preocupada.

—Es que me da la morriña por las tardes, como no hay nada interesante en la tele, pues me aburro.

—¿Seguro que es eso?

—Sí, cariño. ¿Me ayudas a llegar a la cama?

—Claro.

Me acuesto en la cama, siempre en el lado de Paul. Siempre duermo ahí desde que se marchó. Cierro los ojos y dejo que el sueño vuelva a atraparme. Sueño con Paula y con Paul, como cada noche y los tres paseamos por el campo con una sonrisa en los labios.

Sé que le he mentado a mi hija, soy consciente, pero mañana tiene la fiesta con el que puede ser el hombre con el que está predestinada a estar y no voy a fastidiarle la noche, por encima de mi cadáver, aunque sea literalmente.

Hoy es el gran día, me he levantado con energía fingida, porque me duelen hasta las pestañas, pero es el día de mi niña y va a salir a pedir de boca. Si hace falta voy yo con ella y los encierro a ellos solos en la habitación del escape room.

Cuando la veo con el traje que yo misma llevé para la fiesta en su día, se me saltan las lágrimas. Está preciosa, me veo reflejada en ella, pero es más linda que yo, parece que el vestido realmente estuviera hecho para ella.

—Estás preciosa cariño, pareces una diosa.

—Eso es porque me miras con buenos ojos, mamá. ¿Seguro que vas a estar bien?

—Sí, me he pedido para cenar una pizza y un boy, así que estaré muy, muy bien.

—Tú siempre con tus bromas...

—¿Quién ha dicho que sea una broma?



—Te conozco mami, no tocarías a un hombre ni con un palo.

—Puede ser, nunca lo sabrás – sonrío y le guiño el ojo.

Beso su mejilla antes de que se marche, aunque la cotilla que hay en mí se asoma por la ventana para ver que el muchacho es muy apuesto y que la viene a buscar en una limusina que le debe haber costado todo el sueldo, a juzgar por lo que me ha contado Paula.

Ella se merece eso y mucho más. Me siento muy orgullosa de ella como madre y espero que esta persona sea su compañero de viaje si es que a ella le hace feliz. Su felicidad es mi felicidad.

Me siento de nuevo en el sofá y me coloco la manta por encima mientras hago zapping con el mando y me tomo una sopa que Paula me ha preparado antes de marcharse mientras acaricio las manos de porcelana que Paul me regalo y de las que no me he separado desde que las encontré.

No sé en qué momento me quedo dormida, pero cuando me despierto me encuentro tumbada en el sofá con una manta por encima mientras veo Paula con los ojos llenos de luz, parecen dos estrellas.

Está muy feliz, lo sé. Me siento como puedo en el sofá dispuesta a hacerle el tercer grado, quiero interrogarla para saber todo lo que ha pasado y cómo ha ido la noche en todas las facetas posibles.

—Desembucha.

—Ha sido mágico, mamá. Él es perfecto, nunca había sentido esto por nadie.

—Eso es porque es él, es tu hombre.

—Eso espero, aunque no me quiero hacer muchas ilusiones.

—Quien no arriesga, no gana, Paula.

—No quiero que me hagan daño y me rompan el corazón.

—Lo sé, yo tampoco quería, pero cuando encuentras a esa persona especial, ese miedo pasa a un segundo plano y solo hay luz, felicidad y aventuras.

—Vale, puede que me arriesgue, pero no prometo nada.

—Bueno, y, ¿cómo ha ido la noche?

—Pues ha sido maravilloso. Él se ha comportado como un caballero. Hemos bailado, hemos resuelto el juego y me han regalado una gargantilla de oro, mamá. Ese hombre está loco.

—Lo sé. ¿Y qué más?

—No besamos y me ha traído a casa en ese pedazo de limusina que ha alquilado para la ocasión y que no se puede permitir.

—Vaya... Entonces, una noche redonda, ¿no?

—Sí, mamá, ha sido maravillosa. Estoy muy feliz.

—Me alegro mucho cariño. Ahora deberíamos ir a la cama. Es tarde.

—Tienes razón. ¿Te ayudo?

—No, no te preocupes. Buenas noches, mi princesa.

—Buenas noches, mami.

Y otra vez no le cuento nada, porque está en una nube de felicidad por lo ocurrido esta noche. ¿Quién soy yo para minar ese sentimiento que la hace flotar como nunca antes?

Me meto en la cama y no cierro los ojos, no. Rememoro, como casi cada noche, si no caigo fruto del cansancio o del dolor, nuestra historia, de Paul y mía, cada momento vivido, cada beso dado.

No tuvimos oportunidad de vivir muchas cosas, pero las que sí pudimos vivir fueron intensas y creo que eso es lo que vale la pena, prefiero algo breve, pero intenso. Una sonrisa aparece en mis labios cuando recuerdo cómo nos conocimos y cómo yo lo miré en ese tren pensando que estaba como un tren y el “tierra trágame” que sentí cuando descubrí que era mi jefe.

Ha llovido ya tanto desde entonces, pero parece que fue ayer, o al menos se lo parece a mi memoria, que ya falla tantísimas veces.

Me levanto para tomarme las pastillas, esas que escondo en el fondo de uno de los cajones de la cocina para que Paula no las descubra y vuelvo a mi habitación. Mis ojos se van hacia la figura de las manos que Paul me regaló para Navidad.

—Buenas noches, mi elfo.

## CAPÍTULO 12: ALL I WANT FOR CHRISTMAS IS YOU



Me he despertado cansada, muy cansada, he pasado mala noche, pero no quiero decirle nada a mi pequeña, suficientes cosas tiene ya en la cabeza.

He llamado a la doctora, quiere que salga pitando para allá, parece que puede ser la hora, pero no quiero morir en un hospital, entre cuatro paredes que huelen a muerte, así que simplemente le digo adiós y cuelgo. Creo que ha leído entre líneas y lo ha entendido todo.

Sé que ha llegado el final, lo siento en los huesos, en la boca del estómago, en el latido del corazón, en el sabor metálico de la boca, ese de sangre oxidada que me recorre las encías.

No quiero marcharme así, sin que mi niña sepa lo mucho que la quiero y que la voy a cuidar siempre, vaya donde vaya, así que, cuando el amanecer despunta en el horizonte, me levanto de la cama y me siento en su cama acariciando su mejilla para despertarla con cariño.

—Despierta cariño, tengo que contarte una cosa.

—¿Qué hora es mamá?

—Es pronto, acaba de salir el sol.

—¿Qué ocurre?

—Ven, acompáname al salón. Tenemos que hablar de algo.

—Claro, mamá.

No tardamos mucho en sentarnos en el sofá del comedor. Estoy bastante nerviosa, no es un tema agradable para hablar y no quiero hacerle daño a mi hija, pero no quiero que se encuentre con el momento y me odie por no habérselo dicho, me moriría por dentro y eso no puedo soportarlo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Mira cariño, no te he dicho nada antes porque te veía muy feliz y no quería fastidiarte tu amor, tu vida y tu felicidad, pero es que ya no puedo esperar más, tengo que contártelo.

—Sigue.

—Me encontraron hace casi un mes un tumor que ha hecho metástasis. No puede operarse y no me voy a tratar. Estoy muy cansada cariño, espero que me perdones por no tratarme, pero creo que ha llegado el momento de dejar que me lleven.

—Por dios, mamá – me dice llorando como una magdalena.

Esto es lo que tanto quería evitar. Se me parte el corazón al verla así y lloro con ella, pero no porque esté triste por mí, sino porque me duele en el alma el sufrimiento que le estoy causando.

La abrazo y beso su pelo en repetidas ocasiones hasta que consigo calmarla, que es mi intención principal. Vuelve a mirarme y besa mi mejilla con una ternura desmesurada y yo solo puedo adorarla con la mirada.

—Sé que no me entiendes cariño, pero cuando uno ya ha tenido tantas vivencias y felicidad, puede

irse tranquila. Sé que te dejo sola y que soy una egoista, pero esto no lo elegí yo, cielo. Puede que la quimio me diera unos seis meses o un año, pero, ¿a qué precio? Prefiero no pasar por esa tortura durante un año para acabar del mismo modo a sabiendas de que ya no se puede hacer nada. Llevo tiempo malita, cariño, aunque he hecho lo imposible para que no se me notara, pero sé que ha llegado mi hora, y no quería irme y llevarme tu enfado por no habértelo contado, para toda la eternidad.

—Te entiendo mamá. No te culpo, yo haría lo mismo, pero es que no sé que voy a hacer sin ti.

—Vivir hija, vivir y ser feliz. Buscar a alguien con quien compartir tu camino, pero no eso de, la media naranja, que tú eres la naranja entera. Quiero que viajes, que aprendas, que te enamores, que formes una familia si lo deseas, solo quiero eso para ti. Y prometo cuidarte esté donde esté porque no hay nadie más importante en mi vida que tú, mi niña.

—Te quiero mamá y siempre te querré.

—Y recuerda, como decía tu padre. Cada vez que mires las estrellas, las dos que más brillen seremos nosotros, que cuidamos de ti desde allí y brillaremos por ti eternamente.

—Y yo os buscaré cada noche para deciros lo mucho que os quiero.

—Lo sé. Te quiero, no lo olvides nunca mi niña. Tú eres nuestro regalo de Navidad, lo mejor que nos ha pasado nunca y no podríamos haber tenido una hija mejor que tú. Aunque al inicio se me hizo un mundo, al estar sola, pudimos salir adelante y luego fuiste todo un ángel.

—Me alegro que no te diera mucha guerra, mamá – dice limpiándose las lágrimas antes de volver a abrazarme.

—Y yo. Me gustaría dormir a tu lado esta noche, quiero irme cogiéndote de la mano.

—Pero tú no te vas a ir todavía mamá, todavía te quedan muchos días.

—No mi niña, una sabes esas cosas y ya sabes que soy un poco brujilla. Es mi hora y ya he visto a la muerte y la he mirado a los ojos sin miedo – digo mientras toso, escupiendo de nuevo sangre en el pañuelo y escondiéndolo para que Paula no lo vea.

—Claro que puedes dormir conmigo, aunque sé que nada malo pasará esta noche.

—Claro, pequeña...

No digo más. Mi chica, aunque no quiere, acaba saliendo de casa para ir al trabajo y yo cojo una de mis libretas, con solapa de cuero y cuerda a modo de cierre, que me regaló hace mucho tiempo Paul, y empiezo a escribir.

Escribo nuestra historia, de principio a fin. Cuando nos conocimos, cuando nos enamoramos, cuando tuvimos el accidente, cuando lo perdí y lo recuperé de la manera más inverosímil posible, cuando nació lo más bonito de mi vida, cuando fue creciendo y haciéndose toda una mujer. Después una carta al final para Paula a modo de despedida, porque sé que no me queda mucho tiempo y quiero que sepa lo mucho que ella me ha dado sin saberlo.

Dejo el bolígrafo y me tiemblan las manos. Estoy muy cansada, necesito tumbarme un poco. Me recuesto en la cama, me cubro con una manta y simplemente me paso el día viendo la televisión. No como nada, no me apetece, el cuerpo se ha cerrado en banda.

No quiere alimentarse, no quiere saborear, apenas quiere respirar, está en huelga y todos sabemos el fin de esa huelga, donde vamos a perder, el cuerpo y yo. Al final, cuando estoy a punto de dormirme, la puerta suena. Paula ha vuelto del trabajo.

Se sienta en el colchón a mi lado, con una sonrisa triste en los labios, la cual le devuelvo y me toma la temperatura de la frente con las manos. Me mira triste, sé que estoy ardiendo y ella acaba

de descubrirlo.

Me pone trapos en la frente cubiertos de agua fría para que me baje un poco la temperatura, pero es inútil, porque el cuerpo no quiere recuperarse, solo prepararse para lo que viene ahora.

Se tumba a mi lado cuando, frustrada, ve que nada más puede hacer y coge mi mano mientras me mira, con lágrimas en los ojos, a sabiendas que hoy será nuestro último día juntas.

—No llores pequeña, no me voy para siempre, voy a estar conmigo y cuando cierres los ojos podrás verme porque siempre permaneceré dentro de ti, en tu corazón.

—Eso es lo único que me consuela.

—Estoy muy cansada, tengo mucho sueño.

—No te preocupes mamá, tú duerme, yo me quedo aquí contigo. No voy a dejarte sola. Te lo prometo.

—Vale. Te quiero, mi niña, que no se te olvide nunca. Los dos te queremos infinitamente.

—Y yo a vosotros mamá, sobre todo a ti.

No digo más, creo que sobran las palabras ya sabe que la amo y que siempre estaré con ella y la cuidaré. Aprieto su mano con fuerza para que me sienta. Y dejo que la oscuridad me envuelva, pero no es eso lo que ocurre, sino todo lo contrario.

Siento una luz cegadora y cubro mis ojos con el brazo, pero mi brazo ya no se mueve, el cuerpo ya no me responde y no entiendo nada. Quiero abrir los ojos y ver a mi niña, pero mis ojos están cerrados y parecen no querer abrirse.



Entonces abro los ojos e intento acostumbrarme a esa luz que me ciega por completo, y camino sin rumbo, pues no veo nada, hasta que esa luz se apaga, como si la hubiese engullido un agujero negro, como si la estrella se hubiera muerto inevitablemente.

—¿Susan?

Escucho su voz y mi rostro se empapa al instante de lágrimas, pero no son de tristeza, sino de felicidad. Me giro y lo veo, tan imponente como siempre había sido y me mira con ternura, sonriendo.

—Paul... ¿Eres tú de verdad?

—Lo soy mi amor, no sabes el tiempo que llevo deseando que llegue este momento.

Corro a su encuentro y salto a sus brazos para que me acune con ellos mientras las lágrimas siguen corriendo por la piel. Cuando logro serenarme un poco le contesto.

—Y yo. Lo que más me ha apenado de todo esto es dejar a nuestra pequeña sola, pero sé que es una guerrera y va a poder con todo. Confío en ella.

—Ha tenido una gran madre, que también ha estado sola, así que de una luchadora saldrá otra luchadora.

—Sí.

—¿Nos vamos?

—Creo que si le beso en la mejilla lo sentirá.

—Puedes intentarlo, pero no te demores, nos reclaman.

—Vale.

Me acerco a mi pequeña, que duerme plácidamente y beso su mejilla con todo mi amor y mi ternura, no sé si lo ha sentido o no, pero me gusta pensar que sí. Tomo la mano de Paul y, ese momento que tantas veces he soñado, se lleva acabo.

Caminamos por el sendero de la vida, sin saber dónde nos llevará, aunque estamos seguros de que el destino será, sin duda alguna nuestra felicidad, y es que no hay mejor regalo en la vida que estar al lado de esa persona que hace que tu corazón lata de manera desbocada.

Miro nuestras manos y sé que es justo lo que Paul ya había baticinado cuando me hizo ese regalo de Navidad, entrelazando nuestras manos en una figura, porque él ya sabía que tarde o temprano se haría realidad.

—Me encantó tu regalo, Paul.

—Ese no era el regalo, Susan, era otra pista, este es el regalo, nosotros dos juntos y con un destino por delante, aunque no sea en la vida. Te juré que te seguiría en la vida y en la eternidad, y voy a cumplir mi promesa.

—Te amo, Paul.

—Te amo, Susan.

Siempre y para siempre.

## CAPÍTULO 13: CARTA DE MAMÁ NOEL



*Mi niña, sé que cuando leas esto yo ya me habré marchado, dejando atrás, sin yo quererlo, al tesoro más grande que he tenido el placer de cuidar en mi vida. Sé que la vida no es justa y que, cuando más necesitamos algo, más rápido nos lo arrebatan, te lo digo yo.*

*Primero, me arrebató a tu padre, el hombre más maravilloso que ha pisado la tierra, el hombre de mi vida, y ahora me arrebató el tenerte entre mis brazos, después de lo que hemos pasado juntas y me parte el alma, me descarras las entrañas a la vez que me lastima el corazón.*

*No sé cuándo volveremos a encontrarnos, lo que tengo claro es que yo, esté donde esté no te dejaré sola, te protegeré en la distancia, velaré tus sueños y no permitiré que nadie te dañe jamás.*

*Tú has sido y siempre serás mi mayor regalo, mi estrella más brillante y por ti he sido mejor. Mejor como madre, como persona, como cómplice, como amiga. No hay ni habrá nadie como tú.*

*Te he dejado mi corazón, para que lo cuides y para que sepas que tú te lo ganaste cuando en mis brazos te pusieron y tus ojos atraparon los míos. En ese instante supe que tú serías mi centro de todo.*

*Quiero que seas feliz, que te enamores, que sonrías a la vida, que viajes, que vivas. Que me des nietos, si quieres, que grites, que bailes, que cantes, que juegues como una cría cuando te dé la real gana, porque son esos pequeños momentos los que después quedan marcados para siempre.*

*Me marcho con la seguridad de que vas a estar bien, porque eres una amazona, como una vez me tocó ser a mí, aunque a marchas forzadas, y comprendí que, en nuestra familia, ante las adversidades, las Jones sacamos uñas y dientes y tú eres una Jones.*

*Te he dejado todo lo que tengo porque te lo mereces, porque sin saberlo me lo has dado todo, porque me has acompañado siempre, sin excusas y me has hecho sonreír cuando solo veía oscuridad. Me has dado la mano cuando he caído y en ocasiones has sido más madre que yo.*

*Ahora, que estoy escribiendo estas palabras entre lágrimas, sabedora de que mañana me voy a marchar, no sé ni a dónde, estoy tranquila, porque tu padre, ese que tanta falta nos ha hecho, estará al otro lado, esperándome como me prometió y podremos ser de nuevo una familia los tres, aunque tú ya no puedas vernos.*

*Te amamos hija, que no se te olvide, y recuerda, cuando estés perdida y no encuentres respuestas solo mira al cielo y busca las estrellas que más brillen, porque allí estaremos nosotros, alumbrándote el camino mientras te mandamos toda nuestra luz, desde lo más profundo de nuestro corazón.*

*Vuela alto, muy alto mi niña, y brilla, brilla siempre por los dos.*

*Te ama infinitamente y con todo su corazón,*

*tu querida madre,*

*Susana.*

*FIN.*

¡GRACIAS LECTOR!

*Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. No solo estarás apoyando la literatura independiente, también me estarás ayudando a seguir creando nuevas historias.*

*Puedes también visitarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#)*

*Con mucho cariño,*

*Manu Ponce.*

***Otras de mis novelas:***

*[Desde el día en que te conocí](#) (Bilología Desde el día n°1)*

*[Desde el día en que te concebí](#) (Bilología Desde el día n°2)*

*[No me comas el coco](#)*

*[Suspirándote](#)*

*[Temblando](#)*

*[Jack](#)*